VERSOS DE CIEGO

Obra en dos partes

Personajes:

EL CIEGO FANOR

ANA, LA ADIVINA

La Abuela

PERICO BURRO, SU NIETO

LAURA CANDELA

MARÍA CHICA

JUANA BUEY

OLIVERIO PASTOR

UNA RELIGIOSA

UNA MUCHACHA

DON MELITÓN

BUENAVENTURA

SEBASTIÁN, EL HUACHO

EN LA FERIA:

VENDEDORA DE FRUTAS

VENDEDORA DE FLORES

VENDEDORA DE CESTERÍA Y GREDA VENDEDOR DE TURRONES Y PIRULINES

CARGADOR

YERBATERO

MANICERO

UN HUASO

SU MUJER

UNA EMPLEADA

El Cortejo:

LA MADRE

LOS ACOMPAÑANTES

LA LLORONA

EN CASA DE LAURA CANDELA:

CORA

ROSALÍA

LUCY

TIOMBRES

CANTORAS

PRIMERA PARTE

(Hay un entrecruzarse de caminos frente a la panorámica y el escenario está lo más despejado posible. A través de toda la acción, el Ciego estará presente, visible o invisible, según lo precisen los hechos. Tiene una guitarra y del instrumento cuelga un pequeño recipiente de metal para la limosna. Su voz es aguda cuando canta, el tono desabrido.)

Ciego.- (Cantando.) Este día es de feria

Y mi cuento aquí comienza. Sin tropiezos ni impaciencia, Pues sabiendo que es muy seria No me apuro en la materia. Denme tiempo pa' cantarla Pa' que pueda relatarla, Esta historia de un camino Y de aquellos sin destino Oue supieron encarnarla

(En verdad ésta es la plaza de un pueblo. Y es día de feria. Los campesinos de los alrededores han traído sus carretelas cargadas de maderas y de animales recién sacrificados para vender. Otros tan sólo han venido a comprar y se pasean mirando, preguntando, comerciando, de vez en cuando se escucha un grito, el pregón de alguien que ofrece.)

YERBATERO.- Yerbas... las buenas yerbas

P'al corazón y el amor P'al riñón y el dolor Menta, boldo y cedrón Clavo de olor...

(Es un grito único que rompe apenas la monotonía de los colores y un cierto desgano que todavía, por ser muy temprano, preside los movimientos. Muy pronto el lugar está lleno de sacos que se abren mostrando papas, porotos, arvejas y lentejas. También hay rumas de frutas o trozos de madera que muestran su pulpa anaranjada y las carnes de los animales con los cueros recién desgarrados de un tono violáceo, el de la sangre oxidada. Junto a ellos como una sibila está Ana, sentada en una silla de paja, con los ojos cubiertos por un pañuelo, leyendo los destinos de los demás. Es una mujer relativamente joven, delgada, con las manos juntas sobre la falda y la actitud hierática. A su lado un hombre bajo, con reloj de oro y aspecto de vivo, regenta el acto y le otorga categoría circense. Se llama Fanor.)

Fanor.— ¡Pase, señorita! ¡Pase, caballero! Pase a consultar su suerte y su destino. Lo que está escrito en sus estrellas... Ana, la adivina, dirá lo que le espera... ¡Pase, señorita! No tenga susto de comprometerse... Por diez pesos sabrá su futuro y ¡además!... Ana le obsequiará una imagen de San Buenaventura, el único santo que trae la buena suerte... ¡Pase, caballero! ¡Pase!

(El campesino se resiste. Todos lo imitan. En torno a Ana hay un espacio circular como si la magia se irradiara en una circunferencia inabordable. Fanor tiene anillos en las manos, todos con piedras multicolores, muy falsas. Junto a él sobre el suelo, hay una maleta con las imágenes de San Buenaventura.)

Fanor. – Ana conoce todos sus secretos, señor. Los buenos y los malos. Le dirá cómo triunfar en la vida, cómo hacerse rico sin trabajar...

Campesino.- Eso hasta yo lo sé, pues...

(Los demás ríen. Fanor continúa imperturbable.)

Fanor.— Cómo vencer las penas de amor, los males de salud. A ver... Silencio ahora... Ana va a decir algo... ¿Ana, me escuchas? (Ana inclina la cabeza.) ¿Estás ahí? (Mismo juego.) ¡Dinos algo entonces...! ¡Habla!...

(Se produce un silencio y los campesinos retroceden y permanecen inmóviles. Sin hacer ningún gesto, la mujer comienza a hablar. Su voz es monocorde, destemplada casi, como el redoble de un tambor mal afinado y las palabras caen separadas las unas de las otras.)

Ana.- Algo llegará

Algo volverá. Estrella veo Como un deseo. Estrella veo Y en ella creo. Sin otra pena

Ventura buena...

(Apenas Ana ha comenzado a recitar, Fanor ha dado muestras de impaciencia, y aprovecha esta oportunidad para interrumpirla.)

FANOR.— Que equivale a decir San Buenaventura... la imagen del santo que cada uno recibirá como un obsequio... ¡Pase, señorita!... ¡Pase, caballero! Por diez pesos sabrán todo lo que les va a pasar...

(Ya la feria está mucho más animada... Varios vendedores pregonan sus mercaderías.)

VENDEDOR I.- Hay papa terrona

Hay papa amarilla Hay papa canela

Para su chiquilla.
Vendedor II.— Causeo le tengo

Con papas y ají No se me vaya Pase por aquí.

VENDEDOR III.- Pensamientos dobles

Por un par de cobres Rosas fragantosas Pa'su buena moza...

(No lejos se oye una canción. Es el Ciego quien canta. Nadie parece verlo, salvo un niño que se desprende de la muchedumbre acompañado por una anciana. El niño se llama Perico Burro. La anciana es su Abuela, casi tan pequeña como él, con el rostro arrugado y el cabello recogido en un moño chico y apretado.)

Ciego.- (Cantando.) Cuentan así por contarlo

Qu'es como plaza este mundo Con cuatro entradas y un rumbo No siempre fácil pa'hallarlo Y complicado pa'andarlo...

Perico. - Abuelita, démosle un peso al ciego.

ABUELA.- ¿Cuál ciego?

Perico. – Ése que está ahí cantando.

ABUELA.- No lo veo con tanta gente.

Perico. – Démosle un peso.

ABUELA.- No, niño por Dios, que tu madre nos dio cien pesos para todo y yo quiero comprar un tambor.

Perico. - Yo tengo uno chico en la casa. Se lo regalo. Deme un peso para el ciego.

ABUELA.— El tuyo es demasiado chico. No sirve para espantar ánimas. Ésas sólo se asustan cuando oyen un golpe sordo.

Perico. – Le pegamos más fuerte, abuela. Yo le pego. Pero deme un peso para darle al ciego.

ABUELA. - ¿Qué te ha dado con el ciego? Déjalo que cante gratis.

Perico.- No ve, ya paró...

ABUELA. - ¿Dónde está que no lo veo...?

Perico.— Yo tampoco ahora. (Viendo un vendedor de pirulines.) ¡Abuela, cómprame un pirulín!

Abuela.— ¡Buen dar con el chiquillo antojado! Vamos caminando, mira que de lo contrario vas a llegar tarde a la escuela.

Perico.—¿Para qué me lleva allá? Para que la señorita Fresia me mande al rincón y me diga: (imitando la voz) "Perico Burro, le haces honor a tu nombre. A pararte en el rincón". Vamos a comprar el tambor más mejor. Yo sé dónde venden unos grandes, que suenan tan fuerte que asustarán hasta a las ánimas que están penando en la casa del lado.

ABUELA. – No hay que juguetearse con esas cosas, Perico. Las ánimas son de respeto.

Perico.- Allá. Allá, abuela...

(Se alejan. Aparece María Chica y Laura Candela, son dos prostitutas y en torno a ellas se produce un cierto revuelo. Laura es más grande y gorda.)

FANOR .- ¡Miren pues! Si es la María Chica.

LAURA .- ¡Y la Laura Candela! ¿Qué no me ve, don Fanor?

CAMPESINO. - ¿Cómo no la iba a ver si parece que tapara el sol? (Risas.)

LAURA.- Mírenlo... si hasta con gracia andan ahora.

FANOR.- Tan tempraneras que las han de ver. Yo creí que en las mañanas dormían.

María Chica. - Casi siempre. Pero hoy nos levantamos antes que le gallo.

CAMPESINO. - ¿Cuál gallo? ¿No sería yo, m'hijita? (Risas.)

LAURA. - A lo mejor, pues. Uno que estira el cogote y canta. (Ríen más fuerte.)

FANOR .- ¿Qué andan malos los negocios?

María Chica .- ¿Por qué?

FANOR. - Como se leventaron al clarear. De costumbre a esa hora llegan los clientes.

Laura. - ¿Y quien le ha dado permiso para andar intruseando los libros?

FANOR. - (Mostrando a Ana.) Es que somos adivinos, pues. ¿No quieren verse la suerte?

María Chica .- (Tentada.) Este...

Laura. - (Interrumpiendo.) ¿Para qué te vas a ver la suerte, María, si ya sabes lo que vamos a hacer?

María Chica.- También es cierto.

Laura. - (A Fanor.) Nos vamos de viaje...

CAMPESINO .- De viaie ...!

Laura. - A cambiar de aire...

FANOR.- ; Y para dónde se van...?

LAURA.- Para el Sur.

FANOR.- Habráse visto... Y yo que les tenía un cliente.

María Chica.- Dígale que espere.

LAURA. - ¡Qué se aguante, hija! Si es que puede. (Risas.)

FANOR. - ¿ Oué van a volver?

Laura. – Es para refrescar el negocio, don Fanor. Si una se queda mucho tiempo, se avinagra la clientela

María Chica.- Vamos, Laura. Allá está el puesto que buscamos.

FANOR. - ¡Léanse la suerte para ver cómo les va a ir...!

Laura. - Ni bien ni mal, pues. Como nos va siempre.

María Chica. – (Tironeándola.) ¡Laura...! allá está el kiosko.

FANOR.- (Interrumpiéndola.) Aunque más no sea para que se vayan contentas.

Laura. - ¿Y quien le ha dicho que andamos tristes...?

FANOR. - Más contentas entonces.

Laura. - ¿Para qué más? Así nacimos y así nos quedamos.

(Las dos se alejan. Mientras siguen conversando han aparecido Melitón, Buenaventura y el Huacho. Son tres músicos ambulantes e irrumpen en las plaza trayendo sus instrumentos. Melitón es el mayor. De contextura recia y un tanto imponente. Carga sobre sus hombros un inmenso tambor coronado por unos platillos. Como en sus manos lleva otros objetos acciona el tambor por medio de un cordel amarrado a uno de sus tobillos. Cada vez que mueve el pie, el platillo que está unido al cordel golpea el tambor que resuena en forma profunda. Buenaventura es más joven. Delgado, alto, moreno. De inmediato se percibe que es un conquistador de mujeres y aún cuando su ropa es tan harapienta como la de sus compañeros, está más consciente de ella y suele limpiarse alguna mancha o ajustarse al cuello la corbata. Carga un organillo y sobre él lleva una jaula con un loro verde. El Huacho, Sebastián, es el más joven de todos. Trae una bandeja con cancioneros y un triángulo del cual arranca notas muy cristalinas, muy independientes de las melodías que los otros interpretan. El Huacho es reconcentrado e intenso. Habla poco y su personalidad contrasta con la absoluta libertad que parece irradiar Buenaventura y la solidez que emana de Melitón. Sin embargo, entre los tres se adivina una relación profunda. Han recorrido muchos caminos juntos, han visto al unísono las mismas tierras y tienen idéntico polvo pegado a las ropas.)

MELITÓN.- ¡Bueno! Aquí nos quedamos.

Buenaventura. - Pero tenemos la competencia de la adivina.

MELITÓN.- Y nosotros vamos a tocar música. No vamos nada a sacar la suerte.

Buenaventura. - ¡Yo me volvería para el Norte!

Melitón.- Déjate de hablar. Y ayuda al descargue.

BUENAVENTURA. – Bah y ¿quién me ayuda a mí?

Huacho.- Yo le avudo.

BUENAVENTURA. - ¿De verdad que quieren quedarse aquí?

MELITÓN.- Lo tengo decidido.

BUENAVENTURA. – Pero hay que preguntarle el parecer al Huacho también. Por algo somos socios. ¡Eh, chiquillo! ¿No es verdad que tú también quieres seguir?

Huacho. - Estoy cansado.

Buenaventura. - ¿Y qué hay con eso?

Huacho.- Parece que no fuéramos a ninguna parte con tanto que nos movemos.

BUENAVENTURA. - No somos hombres de ancla.

MELITÓN.- Tiene razón el chiquillo. Aquí nos quedamos.

BUENAVENTURA. - Pero...

Melirón.— Nos quedamos aquí y aquí probamos suerte. ¿Cuánta plata nos queda, Sebastián...? ¡Sebastián...!

Huacho.- Mande...

MELITÓN. - ¿Cuántos cobres te quedan en la alcancía?

Huacho.- Ayer quedaban doscientos.

BUENAVENTURA. - Sí, y el año pasado tres mil.

MELITÓN. - ¿Cuánto?

Huacho.- Si le sacamos los doscientos que gastamos anoche...

BUENAVENTURA. - No queda ni un cobre.

Melitón.- Por eso lo mejor es quedarse. Aquí no nos puede ir peor que en otra parte.

BUENAVENTURA.- No me gusta nada por aquí.

Melitión. – (Al Huacho.) Eh, chiquillo, ayúdame a descargar el tambor y ganémosnos por este ladito... ¡Cuidado con los platillos! Acuérdate que son de oro.

BUENAVENTURA. - (Con sorna.); De oro?

Melitón. - Claro. Eran de mi bisabuelo. Y en ese tiempo todas las cosas amarillas eran de oro.

(Mientras los músicos se instalan y los campesinos siguen circulando, aparece Oliverio Pastor. Es un profesor primario, vestido de oscuro, un poco calvo con los hombros espolvoreados de caspa y una cinta que indica un luto, reciente o antiguo y olvidado, en torno al brazo. Avanza

leyendo un libro y cruza entre los demás sin darse verdaderamente cuenta de que la plaza está llena.)

YERBATERO.- ¿Qué viene leyendo tan interesado, don Oliverio?

OLIVERIO. – Esto de los hemípteros.

YERBATERO. - ¿De quiénes?

OLIVERIO. - De las moscas, pues. ¿Sabía que sólo viven veinticuatro horas?

YERBATERO.- Y tanto que joden, ¿no? Para lo poco que viven digo...

OLIVERIO. – Pero hay algunas tan bonitas. Ésas que tienen el cuerpo como un pedazo de botella, por ejemplo, con una llama azul adentro.

YERBATERO. - ¿Ésas que meten tanto ruido?

OLIVERIO. - ¿Y? ¿Me conseguiste las mariposas que te pedí?

YERBATERO. - Yo las veo nomás, don Oliverio. No las cazo. Yo trabajo en yerbas.

OLIVERIO.—¿Pero qué te habría costado pillarme un par para la colección? Son de las pocas que me faltan. Se llaman Lynomorfas Tórpicas.

YERBATERO.- ; Ah!

OLIVERIO. - Y se dan nada más que acá.

Yerbatero.— La próxima semana se las traigo. Claro que le van a salir más caras que el boldo.

Una planta se agarra y se saca. Un bicho en cambio hay que esperarlo y casi siempre se arranca.

OLIVERIO. - No te olvides nomás. Yo te las pago. (Saluda y se aleja leyendo el libro.)

YERBATERO. - Habráse visto... tan crecido y coleccionando bichos. Tiene las paredes de la pieza llenas y unos frascos con algodones y moscas de todos colores... Cada uno con su gusto. (Y se aleja pregonando.) Yerbas... las buenas verbas... etc.

Buenaventura. - (Al loro que está en la jaula.) Oye, Pepito; ¡Pepito! Sabís qué más... ahora me echaría un plato de porotos al cuerpo y un litro de tinto...; ah? Si parece que se pusiera más verde nada más que con pensarlo. Con razón te querías quedar en ese pueblo. ¿Te acuerdas cuando te descolgué del árbol? Ahí tenías sombra, porque había sol. Estirabas el cogote y picoteabas los plátanos. Ésa sí que era vida ¿no? ¿Quién nos mandaría engancharnos con éstos? ¿Quién? Si no hay ni qué mirar por estos lados... (Cerca del lugar donde se encuentra, pasa Juana Buey, una campesina de unos veinticinco años; trae un canasto.) ¡Hola, m'hijita! ¿Dónde va tan apurada? (La sigue entre los demás.) ¡Y tan linda que l'han de ver! ¿Qué lleva en el canasto? ¿Que le comieron la lengua?

MELITÓN.- ¡Buenaventura! Vente que vamos a empezar... (Mientras que los músicos se preparan, Fanor interpela a Oliverio.)

FANOR.- ¿ Oué me cuenta, don Oliverio?

OLIVERIO. - (Levanta la mirada del libro.) Aquí estoy con los chiquillos, pues.

FANOR. - ¿Cuáles chiquillos?

OLIVERIO. - Este rebaño, mis alumnos. Vamos al campo a tomar aire y a estudiar de lo vivo. Saluden niños... (Se da vuelta para mostrárselos y se da cuenta que nadie lo acompaña.); Bah!; Dónde se habrán metido? Salí con ellos del colegio; pero se lo pasan arrancando.

Fanor. - ¿No se le vayan a perder de veras?

OLIVERIO. - Eran los chicos. Ésos nunca se pierden de verdad.

FANOR. - Ya decídase y déjese ver la suerte. ¡Pase la mano y los diez pesos...! Y ahora, Ana, dime lo que ves en la mano de este señor.

Ana.- (Después de un momento de silencio.) El caballero que ha permitido su mano tiene por nombre Oliverio. De profesión: profesor. De sexo: masculino. Y de perspectivas: muchas.

FANOR .- ¿No lo ve?

Ana. – El caballero que ha permitido su mano piensa recibir noticia pronto...

OLIVERIO.- No, si yo no...

FANOR. - A mí, don Oliverio, pregúnteme a mí.

OLIVERIO. - Si yo no quiero preguntar nada.

FANOR. - ¿No ve que la adivina está en trance, y no me oye sino a mí? (A Ana con tono distinto.) El caballero de nombre Oliverio pregunta de qué noticia se trata.

Ana. - El caballero recibirá noticia de viaje... y viajará, pero no por dinero sino por seguir.

OLIVERIO. - ¿Por seguir qué?

FANOR. - Otra pregunta quiere hacer el señor de nombre Oliverio...

Ana. - (Interrumpiendo empieza a recitar.) El que busca encontrará

Y buscando viajará

Y viajando llegará

A encontrar su gran verdad.

OLIVERIO. - ¿Qué dice?

FANOR.- Ana... ¿Me oyes? Ana.

ANA.- (Sigue recitando.) Estrella veo

Como un deseo

Estrella veo

Y en ella creo

Sin otra pena...

Fanor. - (Interrumpiéndola.) Está cansada. Lo mejor es que esperemos un rato.

OLIVERIO. - Es que usted la hace trabajar mucho, don Fanor. Estos asuntos del cerebro son agota-

FANOR. - Sí. Así debe ser. Tome... aquí tiene su imagen de San Buenaventura mientras tanto.

OLIVERIO. – Allí parece que veo a mis alumnos. No vaya a ser cosa que empiecen a hacer barrabasadas... (Se aleja.)

FANOR.— (Se da vuelta hacia Ana. En voz baja.) ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué son esas tonterías que te lo pasas diciendo? Ana... Contéstame. Diles las cosas que quieren oír, ¿entiendes?, las que les dices siempre... ¡Ana!... ¿Me oyes?

Ana. - (En voz muy baja.) Estrella veo

Como un deseo Estrella veo Y en ella creo.

FANOR. - ¡Déjate de tonterías!

(El Huacho ofrece sus cancioneros y toca su triángulo. La muchacha que acompaña a la religiosa, deja a ésta conversando con una vendedora y se acerca al Huacho.)

Muchacha. - ¿Qué es eso?

Huacho.- Un triángulo. Lo hice yo mismo.

Muchacha. - (Mostrando los cancioneros.) ¿Y eso?

Huacho.- Cancioneros... ¿Quiere comprar uno?

Muchacha. - ¿Qué más vende?

HUACHO. – Poco por el momento. Hay cancioneros, estos juguetes japoneses (muestra una pelota amarrada a un elástico que hace saltar) y también queda un sobre con sahumerio.

Muchacha. - ¿Qué es eso?

Huacho.- Un polvo que se quema y da olor.

Muchacha. - ¿Y para qué sirve?

Huacho. - Ayuda. Ayuda a pedir cosas.

Muchacha. - ¿Cómo te llamas?

Huacho.- Sebastián. ¿Y tú?

Religiosa.- (Desde lejos.) ¿Por qué te quedaste aquí? Vamos, mi hijita. Se está haciendo tarde.

Muchacha.- Bueno, madre.

Religiosa.- Vamos... vamos, que mañana tenemos viaje por delante.

Huacho.- ¿Se va?

Muchacha. - Mañana nos llevan a ensayar el nacimiento.

Huacho.- ¿Adónde?

Muchacha. - A otro convento. Es lejos de aquí.

RELIGIOSA.- (Acercándose.) Vamos, pues, mi hijita. ¿Qué está comprando?

Muchacha.- Nada, madre.

Huacho.- ¿Y no la voy a volver a ver?

Religiosa.— (Tomándola por un brazo.) Te he dicho que no te separes de mí. Estas ferias son muy peligrosas. ¿Qué es lo que te pasa?

Muchacha. - Nada, madre. ¿Por qué?

Religiosa. - Estás tan rara. Como si hubieras visto algo.

Muchacha.- ¿Qué?

RELIGIOSA.—¡Qué sé yo pues! Lo que ven ustedes las chiquillas. ¿Quién es ése con quien estabas hablando?

Muchacha. - No sé, madre.

Huacho.- (Mientras la ve alejarse.) ¿Cómo te llamas?

(Pero ya la muchacha y la religiosa han desaparecido. Los músicos comienzan a tocar con gran animación. El centro de atención se ha establecido en torno a ellos. Gritan algunos, ríen otros y flota en el aire un algo de fiesta. En ese momento desemboca en la plaza un cortejo funerario. Los deudos, tres hombres que llevan el ataúd, visten de negro y tras ellos avanzan mujeres de negro también. Las mujeres llevan el rostro cubierto por velos espesos y dos de ellas lloran sin cesar. Sobre el ataúd hay cruces de papel plateado y coronas de flores de cardo violeta. Llegan como una sombra súbita y de inmediato se establece el silencio. La mujer que no llora se acerca a uno de ellos y le susurra algo al oído. Mientras tanto dos vendedoras comentan. Comienza a oscurecer.)

VENDEDOR I.- Debe ser el salteador. Ése que llamaban el Tordo.

VENDEDOR II.- ¿El que balearon ayer en el cerro Grande?

VENDEDOR I.- Dicen que murió torcido como una culebra.

VENDEDOR II.- Así había de ser cuando era tan remalo. Si ni a los pobres respetaba.

Vendedor I.- Menos mal que ahora lo van a enterrar. (Señalando a la mujer que se ha separado de los otros.) ¡Ésa debe ser la madre!

VENDEDOR II.- Pobrecita...

(El hombre a quien la mujer habló, se separa del cortejo y se acerca a los músicos.)

HOMBRE. - ¿Quién es el que manda?

MELITÓN.- Diga...

Hombre. - Queremos que siga con nosotros.

MELITÓN.- ¿Con el cortejo?

Hombre. - Sí. Quería un funeral con banda y no pudimos conseguir una.

MELITÓN.- ¿Quién quería?

Hombre. - El finado. Póngase a la cabeza y toque algo triste.

MELITÓN.- No... no podemos.

HOMBRE.- Plata hay. La que pidan.

MELITÓN.- No es por eso.

Hombre.- ¿Entonces?

MELITÓN.- No podemos.

BUENAVENTURA.- Pero, don Melitón, si nos están ofreciendo plata.

MELITÓN.- No vamos a ir.

BUENAVENTURA .- ¿Por qué?

Melitón.- Porque no somos banda de entierro.

BUENAVENTURA.- Y eso qué importa cuando se anda sin un cobre.

Melitión.— (Con cierta fuerza a Buenaventura.) No vamos a ir. (Al hombre): Lo lamento, oiga, y lo ayudamos a sentir.

(El hombre se vuelve al cortejo y habla en murmullos con la mujer. Deciden entonces seguir y el cortejo a traviesa como una corriente oscura por el centro de la plaza y se pierde. Los músicos vuelven a sus instrumentos. La música se reinicia; pero algo ha quedado en el aire; un desánimo, una especie de tristeza que hace que los campesinos se retiren. Guardan las mercancías en las carretelas y se van alejando del lugar donde los músicos tocan. Poco a poco la luz sigue decreciendo.)

VENDEDOR I.- Parece que fuera a llover.

VENDEDOR II.- ¡Qué va llover! Mire el cielo; más limpio que un mantel.

VENDEDOR I.- ; Y esta oscuridad que cae entonces?

VENDEDOR II.— Será la tinta que dejó este entierro. Dicen que la sangre de los malos tiñe hasta el aire. (Ya han ido yéndose todos, salvo los músicos que siguen tocando y Fanor que recoge su mercadería junto a Ana. Al ver que los demás parten, los músicos interrumpen la melodía y sale el Huacho a perseguirlos extendiendo su sombrero.)

BUENAVENTURA.- Un pesito para la música... Un pesito, caballero... un pesito señorita...

Huacho.- Para los músicos... Para alegrar el alma de los músicos.

(Vuelve con el sombrero vacío. Los músicos se quedan desilusionados y tristes. Es de noche completa.)

Melitón.- Eh, Buenaventura, ¿te dieron algo?

Buenaventura. - Ni siquiera para hacer sonar el tarro.

MELITÓN.- Algo nos está pasando.

BUENAVENTURA.— Son estos pueblos. A la gente nada les baila en la sangre. Vienen a comprar y se van. Parece que ya no tuvieran ganas de entretenerse.

Melitón.— Antes las cosas eran distintas. Ahora la gente no halla a qué agarrarse y como no les gusta algo en lo que hay que creer, ni se empeñan en buscar. Por eso que ni nos miran. No se me ocurre qué podemos hacer.

BUENAVENTURA. - (Al Huacho.) ¡Eh, chiquillo! ¡Mira cómo me suenan las tripas!

Huacho.- De hambre será.

BUENAVENTURA. - ¿Y de qué si no?

Huacho.- A mí no me asusta el hambre.

BUENAVENTURA. - ¡De veras que fuiste monaguillo! Dicen que ésos apenas prueban la comida.

Huacho. - No es verdad. ¡Lo que pasa es que éramos pobres!

BUENAVENTURA. - Por lo menos serías más rico que ahora.

Huacho. - ¿Qué ahora?... A lo mejor. No sé. Siempre me ha faltado algo.

BUENAVENTURA.- ¡No necesitas decírmelo, chiquillo! Ganas son las que te faltan.

Huacho.- No. no es eso.

BUENAVENTURA. - ¿ Qué entonces?

Huacho.- Me falta algo... o alguien. No sé...

MELITÓN.- ¿Y en qué se han quedado conversando ahí? Lo mejor será recoger los monos y seguir.

Buenaventura. - Volvamos para el Norte mejor.

Melitón. - ¿ Qué siempre te sientes mal?

BUENAVENTURA.- Hambreado me siento y no muy bien... Todavía en el día pasa. Pero en las noches cuando cae esa garúa...

Huacho.- ¡Oué garúa!

BUENAVENTURA. - Una que cae de este mismo cielo. ¿Cortamos para el Norte entonces?

(Comienza un leve ruido que aumenta hasta que la estrella se hace visible.)

Melitón. - Supongo que para el Norte será mejor.

HUACHO.- ¡Miren, miren! ¡Vengan! ¡Vengan a ver!

Buenaventura. - ¿No te decía que no andaba bien?

Melitón. - Deben ser las noches tan heladas. No está acostumbrado.

HUACHO. - ¡Vengan, pues! ¡Miren... allá...! ¿La ven?

BUENAVENTURA. - (Sin mirar.) ¿Qué cosa?

Huacho.- Esa estrella... Allá...

Melitón. - (Al Huacho.) Y qué hay, si en las noches siempre se ven las estrellas.

BUENAVENTURA. - A lo mejor se nos pone a difariar.

Melitón. - Sería lo único que nos faltaba.

Huacho.- ¿La ven?

BUENAVENTURA. - (Acercándose a él.) Sí, sí, pero vamos andando.

Huacho.- ¡Mírela!

Buenaventura.-; Y qué?... joh!... (Pero se interrumpe, él también permanece inmóvil y a su vez llama.) Don Melitón... don Melitón...

MELITÓN. - ¿ Oué pasa?

BUENAVENTURA. - Acérquese. Venga a ver.

Melitón. - Ya está bueno que dejen de estar mirando estrellas. Vamos caminando.

BUENAVENTURA. - ¡Mire don Melitón!

MELITÓN - Buen dar...

(La luz de la estrella se hace visible al centro del escenario, los tres están en los practicables de espaldas al público. Sus siluetas se recortan en contraluz.)

Huacho. - (Después de un tiempo.) ¿No les decía yo?

BUENAVENTURA. - ¿Tú crees que será?

Huacho. - ¿Qué cosa?

BUENAVENTURA. - Estrella.

HUACHO.- ¿Y qué sino?

BUENAVENTURA .- ¿Qué se yo, pues?

Huacho. - Es una estrella. Tiene forma de estrella. Brilla y alumbra como una estrella. Tiene que ser una estrella.

Buenaventura. - Pero es tan regrandaza y brilla más que una estrella y... (La voz se le ahoga en la garganta.)

MELITÓN. - ¡Se mueve! (Un silencio.)

Los otros. -; Se mueve, anda! (Pausa.)

MELITÓN.- Se mueve, tenemos que seguirla.

BUENAVENTURA .- ¿Por qué?

MELITÓN.- Porque cuando una estrella se mueve hay que seguirla.

BUENAVENTURA. - La cosas que se le ocurren.

Huacho.- Porque es grande, porque brilla, porque está en el cielo...

MELITÓN.- Y porque se mueve.

BUENAVENTURA. - ¿Por qué no nos fuimos detrás del entierro mejor? También se movía.

MELITÓN. - Ya te lo dije. (A Buenaventura mostrando el organillo.) ¡Ven a ponerte esto!

Huacho.- ¿No será la misma que dijo la adivina?

BUENAVENTURA. - ; Y si yo no me fuera?

MELITÓN.- Te quedas.

BUENAVENTURA.- ¿Y no somos socios? Hay que preguntarle la opinión a cada uno.

MELITÓN. - ¿Has firmado algún papel? Somos socios de palabra. Y el que no está a gusto, se va.

BUENAVENTURA. – Pero somos tres. Por lo menos hay que juntar dos votos. ¿Qué opinas tú, chiquillo? ¿La seguimos o no?

Huacho.- Yo digo lo que don Melitón. Sigámosla.

Buenaventura.— ¡Ya sabía yo que este huailén me iba a fallar...! Y tú quieres seguirla porque lo dijo la adivina.

Huacho.— No; porque se mueve y porque está ahí. Hasta ahora hemos andado caminando como ciegos a manotones... Eso... (indicando al cielo) por lo menos es una dirección.

Buenaventura.- Pero miren hacia dónde se mueve. Va hacia allá.

Huacho.- ¿Y qué hay con eso?

BUENAVENTURA. - Hacia allá están los cerros.

(Empiezan a recoger sus cosas.)

Huacho.- Claro, vamos a los cerros.

BUENAVENTURA. - Pero en los cerros hace más frío.

MELITÓN.- Algo hay que perder.

BUENAVENTURA. - ¿Para qué?

Melitón. – Para ganar algo.

BUENAVENTURA. - ¿Pero qué es lo que vamos a ganar?

Melitón.- Vamos a seguir la estrella.

BUENAVENTURA .- ; Y?

Melitón. - Y en el camino lo descubriremos.

BUENAVENTURA. - ¿Qué cosa?

Melitón. – Lo que vamos a ganar.

Huacho.- Ya, pues, miren que apenas se divisa.

MELITÓN.- ¡Vamos!

Buenaventura.- Bueno... vamos... Pero si por el camino no descubrimos nada, me vuelvo...

Mire que andar siguiendo estrellas...

(Suben los practicables para desaparecer por el camino más alto. Salen los tres. Pequeña pausa. El Ciego emerge de las sombras por lateral derecho, primer plano, y canta con su guitarra.)

CIEGO.- (Cantando.) Cuenta así por contarlo

Qu'es una plaza este mundo
Con cuatro entradas y un rumbo
No siempre fácil pa'hallarlo
Y complicado pa'andarlo
Pero en la noche profunda
Busca esa luz que te inunda
Sigue una estrella porfiada
Abre las puertas cerradas
Cruza los puentes que abundan.

(Termina su canción y atraviesa el escenario golpeando con su bastón el piso. Vuelve a esconderse el Ciego en las sombras. Entretanto los músicos entran por el practicable más alto del lado contrario al que salieron, atraviesan y sus siluetas se recortan. Van peregrinando. Al terminar de atravesar y detrás de ellos y siguiéndolos viene Fanor con Ana, que atraviesan por el mismo camino hasta desaparecer. Se oye entre cajas un comentario, es la discusión por la venta del organillo, entran y con ellos una luz. Discuten.)

FANOR.- Bueno, ¿se decide, compadre?

Buenaventura. - No sabe lo que me cuesta.

FANOR. - Le estoy ofreciendo buen precio.

BUENAVENTURA. - Si no fuera por el hambre que tengo.

Fanor. - No va a encontrar ni un alma que le dé dos mil pesos por esa caja que ya ni suena.

Buenaventura. - ¡Claro que suena! ¡Pruébela si quiere!

(Fanor trata de dar vuelta la manivela pero no logra arrancar ni un sonido.)

FANOR. - ¿No ve, pues? Tiene la cuestión trancada.

Buenaventura. – ¡Qué va a estar trancada! Es que tiene maula. A ver, déjeme a mí... (Da vuelta la manivela y arranca un sonido lastimero.) ¡,No ve?

FANOR.- Eso más que música, parece quejido.

BUENEVENTURA. - Es que tiene pena por la separación.

FANOR. - ¿Me lo vende, entonces?

BUENAVENTURA.— No me queda otra. Estoy embarcado en la aventura con éstos (señala a sus compañeros) y tenemos que seguir.

FANOR. – Mil quinientos dijimos entonces.

Buenaventura. - ¡Épale! Dos mil habíamos dicho. No se venga a aprovechar de los hambrientos, don Fanor.

FANOR. - ¡Cómo se le ocurre! Dos mil entonces. Por aquí tengo unos billetitos nuevecitos.

BUENAVENTURA. - ; Y ustedes a dónde van?

FANOR.— (Mostrando a Ana.) La llevo al Hospital. Siempre sigue con sus cuestiones. Si no fuera por eso, me iría con ustedes, a la busca del tesoro, porque es tesoro ¿no es cierto? (Buenaventura no contesta.) ¡Aquí están! Nuevecitos ¿ve? Yo soy como hacha para los tesoros. Llego al lugar, pongo el ojo...

BUENAVENTURA. - (Contando.) Quinientos me faltan.

Fanor.— ¿Quinientos? Y cómo me fui a equivocar... Claro que como son tan nuevos se quedan pegados. Aquí están los otros... (A los otros dos.) ¿Y ustedes? ¿No tienen nada para vender?

Huacho, - ¿Y qué nos va a comprar? ¿Qué no ve que estamos pelados?

Fanor. - A don Melitón todavía le queda el tambor. Por él, a lo mejor, me interesaría.

Melitón.- El tambor no se vende.

Fanor. – Todo se vende en la vida, don Melitón, todo. Es cuestión de ponerse de acuerdo en el precio. Melitón. – Este tambor no se vende.

Fanor.— Bueno, pues, no se ofenda. A ver, por qué no me da una manito con el instrumento. Hasta la bajadita de la loma no más.

BUENAVENTURA.- Es que tenemos que seguir.

Fanor. - Usted es joven, pues. Ayúdeme hasta allá y vuelve.

Buenaventura. – Bueno. (Al ir a cargar el instrumento mira por última vez al loro.) Mejor que te vayai. Aquí hace frío y ni hay árboles con sombra como los que te gustan... Quería decirte... Bueno... chao... (Carga el instrumento en sus hombros y salen.)

FANOR. – Ustedes parten para allá entonces. Es para allá que van a buscar la cuestión esa.

Melitón.- A lo mejor.

Fanor. – Voy a dejar ésta (señalando a Ana) al hospital y quizás vuelva.

Melitón.- Ya no estaremos aquí.

Fanor. - Podría ayudarlos, traer comida y además tengo algunos pesos.

Melitón.- Estamos bien así.

Fanor. - Como quiera. No les vaya a pesar después. Vamos, Ana...

(En el momento en que van a salir, Ana se da vuelta hacia ellos y con voz muy débil pronuncia la frase que ha estado murmurando entre dientes desde que se encontraron.)

ANA.- Estrella veo

Y en ella creo

Sigue la estrella

Síguela...

Fanor.- Ya, déjate de estar hablando. ¿Qué no ves que estamos de más? Uno les hace el favor y así es como...

(Ya han desaparecido tras Buenaventura.)

Huacho. – (Mirando los objetos que les quedan.) Ya es poco lo que nos va quedando.

MELITÓN.- Así es.

Huacho.- Ojalá alcancemos a llegar antes. Antes que nos agarre el hambre, quiero decir.

Melitón.- Este tambor era de mi bisabuelo.

Huacho.- Quiero decir, que la estrella nos lleve a alguna parte.

MELITÓN.- Hay cosas que no se pueden vender.

Huacho.- Lo mismo pienso, don Melitón. Debe haber.

Melitón.— Yo nunca conocí una casa. Un techo. ¿Me comprendes. Cuatro paredes y un techo. Mi abuelo era artista. Mi padre también y todos lo han sido, de padres a hijos, como si nos fuéramos entregando algo los unos a los otros. Como siempre viajábamos, nunca tuvimos una casa. Un pedazo de tierra ¿me comprendes? Algo que uno se pare a mirar y diga: esto es mío. Pero junto con el trabajo nos fuimos traspasando algunas cosas. Este tambor, por ejemplo, este tambor con sus platillos de oro. Nací viéndolo apoyado en la espalda de mi padre o en un rincón de la pieza que ocupábamos o contra un árbol cuando teníamos que dormir a cielo descubierto. ¿Me comprendes? Este tembor es como si fuera mi casa...

Huacho.- Me gustaría...

MELITÓN. - ¿Qué cosa?

Huacho.- Tener algo así. Algo que me recordara algo. Algo que durara.

Buenaventura (Entrando por donde salió.) ¡Ya está! ¡Allá se fue ese mugriento con todo lo que nos ha ido robando!

(Se escucha una voz lejana que repite como un eco: "Chao... Chao...")

Huacho.- Debe ser el lorito.

BUENAVENTURA.- Es. es...

(Hay un momento de silencio. Una débil luz se insinúa.)

Melitón.- Bueno, lo mejor es seguir. Ya está aclarando.

Huacho.- Así es.

Buenaventura.- ¿Y ahora que tenemos estos pitos no sería mejor bajar al pueblo y echarnos algo al cuerpo?

MELITÓN. - No hay tiempo.

BUENAVENTURA. - Tengo hambre.

Melitón. – La estrella está para ese lado.

BUENAVENTURA.- Tengo hambre. Oiga.

MELITÓN.- Todos tenemos hambre. Pero hay que seguir.

BUENAVENTURA.- ¿Y de qué me sirvió vender la cuestión esa, entonces?

Melitón.- Ya encontraremos un poblado.

Buenaventura. - ¿Adónde? Si esto es un peladero.

Melitón.- Preguntaremos.

BUENAVENTURA. - ¿A algún tiuque que pase volando?

Huacho. – Allá parece que viniera alguien.

BUENAVENTURA. - A VET ...

MELITÓN.- Y viene hacia acá.

BUENAVENTURA.- Y trae un canasto. Puede ser que sea comida.

Huacho.- ¡Eh... eh... señorita...!

(Entra Juana Buey. Trae un canasto cubierto por una servilleta y avanza con ligereza. El Huacho es el primero que la ve.)

Huacho.- Oiga...

BUENAVENTURA. - Si hasta me parece conocida.

Huacho. - ¡Señorita!

(Juana se detiene asustada.)

Melitón.- Por favor, señorita, no se asuste.

Huacho.- ¿Qué es lo que trae en ese canasto?

Juana.- Nada.

MELITÓN. - Déjeme hablarle a mí. (Se acerca a ella.) ¡Buenos días, señorita!

Juana.- Buenos.

Melitón. - ¿Es éste el camino que lleva al pueblo?

Juana. - ¿A cuál pueblo?

MELITÓN.- Al suyo.

Juana.- Yo no soy nada del pueblo, soy del fundo.

MELITÓN.-; Ah! ¿Y queda muy lejos?

Juana. - ¿Qué cosa?

Melitón.- El fundo.

JUANA.- No. A la vueltecita de la loma, nomás. Mire, no tiene más que seguir derecho, después dobla, después sigue derecho, después dobla de nuevo y ahí...

MELITÓN.- Ahí está el fundo...

Juana.- No, ahí tiene que seguir derecho de nuevo. Y entonces sí que están las casas.

(Mientras habla, Buenaventura y el Huacho han tratado de levantar la servilleta que cubre el canasto. Melitón los sorprende.)

Melitón.—¡Quédense quietos! Tiene que perdonarlos, señorita. Lo cierto es que tenemos mucha hambre.

Juana. - ¡Ay, qué lástima que no les pueda dar nada...! Estas cosas son para el "piquis niquis".

MELITÓN.-; Ah!

Juana. – Voy para el tranque. Los patrones y los niños van a tener un "piquis niquis". Me mandaron antes con las cosas, porque no cabían en el coche.

Buenaventura. - ¿Y no nos podría dar algo, aunque más no fuera un pedazo de pan?

Juana.- No traje pan. Está todo hecho sámbuche.

Buenaventura.- Y un trago, más que no fuera de agua.

JUANA. – Tampoco hay agua. En los "piquis niquis" los patrones toman aloja. Pero la traen en el coche, porque dijeron que yo podía quebrar las botellas. ¿Ustedes son músicos...?

Melitón.- Artistas.

Huacho. – ¿Le gustaría comprar un cancionero? Tengo todos los nuevos con las letras de las canciones modernas.

Juana. - Yo siempre me las aprendo de memoria. Como no sé nada leer...

Buenaventura. – (Siempre a la siga del canasto.) ¿Por qué no se sienta con nosotros? Un rato al menos...

Juana.— Mire, mal no me vendría. La tirada desde las casas es sumamente larga y vengo más cansada que... que...

BUENAVENTURA. - Que un buey...

Juana.- ¡Bah! ¿Y cómo lo adivinó?

BUENAVENTURA. - ¿Qué cosa?

Juana.- Oue me llamo así.

MELITÓN. - ¿Cómo?

Juana.- Buey.

Los TRES. -: Buey!

Juana. – Bueno, lo cierto es que me llamo Juana Buey. Me viene de mi taita. Él se llama Arístides Espinoza; pero el patrón le puso Buey.

BUENAVENTURA. - ¿Y eso no le importa?

Juana. – Por qué me había de importar. Si era el nombre de mi papá. Y la patrona dice... ¿Cómo es que dice? Dice que lo llevo con soltura, sí, eso es, porque soy tan quedada como mi taita. ¿Y ustedes qué andan haciendo?

Melitón.- Andamos siguiendo algo.

Juana .- (Con desconfianza.) ¡Ah!

Huacho.- ¡Andamos a la siga de una estrella!

BUENAVENTURA.— (Hipnotizado por el canasto.) ¿Usted cree que se enojaría mucho su patrona si me como uno de estos huevos?

Juana.—¡Ay, no sé! (Lo mira y se siente transportada por la mirada del hombre. Buenaventura está muy cerca de ella y la mujer parece sentir su presencia inmediatamente.) Claro que están contaditos, porque la patrona es muy fijada. (Vuelve a mirarlo y ahora ya no puede desprenderse de la vista.) Claro que uno... le podría decir que se me cayó del canasto... ¿no le parece?

BUENAVENTURA.- (Mientras parte con gula el huevo.) Así me parece.

JUANA.- (A los otros.) Yo nunca he seguido estrellas. La verdad es que nunca he seguido nada, salvo cuando la patrona me manda perseguir las gallinas que se lo pasan yendo del gallinero. Pero más mejor que no me dé a la conversa, porque soy muy habladora y se me puede pasar la hora y si no estoy en el tranque cuando lleguen los patrones...

HUACHO.— (Interrumpiéndola.) ¿Y no cree que le podría decir que se le cayeron dos huevos en lugar de uno?

JUANA. - (Con susto.) ¿De dónde?

Huacho.- Del canasto, pues.

JUANA.— Ah... Bueno, comáselo no más. La castellana está ponedoraza. (Acercándose a Melitón le pregunta.) ¿Y dónde van con esa cuestión?

MELITÓN.- La vamos siguiendo.

JUANA .- ¡Ah!

Melitón.- Oiga, usted no cree que...

Juana.- ¿Qué le podría decir que se me cayeron tres huevos?

MELITÓN.- No, ¿por qué no le dice que se le cayó el canasto entero?

Juana.- Me mata pues.

MELITÓN. - Es que a lo mejor no tiene para que decírselo.

Juana. - Ah, mire la gracia, como si no me fuera a ver.

Melitón.- Es que a lo mejor no la ve.

Juana. - ¿Cómo?

MELITÓN.- ¡Véngase con nosotros!

Juana. - ¿A la siga del astro? (Él asiente.) Pero si ni siquiera sé dónde van.

Buenaventura. - Nosotros tampoco. Pero nos vamos todos juntos y eso es lo que importa.

Juana.— Ah... tentada estoy... Pero, ¿qué me dirá la patrona? Siempre he hecho lo que ella me dice que haga.

Buenaventura. - Véngase de una vez y olvídese de la patrona.

Juana. – Es que allá tengo cama y comida. (Piensa durante algunos segundos, los mira.) ¿Con ustedes tendría casa y comida? (Ellos no contestan.) ¡Ah! ¿No ven, pues? Allá en el fundo tengo casa y comida.

BUENAVENTURA.- Algo hay que perder cuando se quiere ganar algo.

Juana.- ¿Y qué es lo que vamos a ganar?

BUENAVENTURA. - Parece que eso se sabe después.

Juana.- ¡Ay! Estoy sumamente tentada, no crean que no.

BUENAVENTURA.- Véngase entonces.

Juana.- Ganas no me faltan.

Huacho.- ¿Y qué espera...?

Juana.- Sí, pues, qué es lo que espero...

BUENAVENTURA .- ¡Anímese!

Juana. - (Mira a Buenaventura, nuevamente se siente atraída.) Bueno, pero con una condición.

Buenaventura. – Nada de condiciones.

(Le arrebatan el canasto y corren a sentarse en un lugar donde se aprontan a comer. Juana está en el centro. Ríen. Gritan.)

Juana.- Con una condición, oiga...

BUENAVENTURA.- Nada de condiciones. Acuérdese que hay que perder algo.

Huacho.- Claro, para ganar lo que se quiere ganar.

Juana.- Ya, pues, déjenme algo a mí.

BUENAVENTURA.- Pero si usted debe haberse tomado su desayunito.

Juana.- No había salido nada el pan todavía y cortada de hambre ando.

Huacho.- Coma no más, hay para todos.

Juana. - Es que no dejan ni ver.

Buenaventura.— Ya no se queje más y coma. (Le pasa la presa de pollo que él había estado comiendo.) Tome.

Juana. – Perro no soy, oiga. Estos son puros huesos.

BUENAVENTURA. – Partamos el otro pollito entonces. (Risas de todos.)

Huacho.- Nunca había comido uno mejor.

Juana. – De los huevos de la castellana, pues. (De pronto se inmoviliza.) ¡Ah! ¿Qué me irá a decir la patrona?

Melitón. – Nada, porque no la va a volver a divisar. (Risas.)

Juana. - Tiene razón. ¡Me siento tan bien! ¡y tan contenta! Si hasta ganas de cantar tengo.

BUENAVENTURA. - ¿Y en qué topa?

JUANA.— Es que nunca he sabido. (Se avergüenza después de esta confesión súbita.) Siempre he querido y nunca he sabido.

Huacho. - Yo le voy a enseñar.

BUENAVENTURA. - ¡Épale! Yo le voy a enseñar. No hay mejor profesor que este pechito.

Juana. – De muy cerca viene la recomendación.

Buenaventura.— Pruebe, pruebe, y si no le gusta le devuelvo la plata. (De inmediato empieza a entonar la melodía que ha estado vibrando en el aire.)

El que ganar quiere algo

Listo estará pa'perder

Porque en la vida, mi vida,

Siempre tendrás que escoger,

Ya que si gano

MELITÓN Y HUACHO. - (Juntos.) ¡Perdiendo!

Buenaventura. - Gano las cosas...

MELITÓN Y HUACHO. - Sabiendo.

Juana. - Miren qué bonito, ¿no?

BUENAVENTURA. - Usted ahora, repita: el que ganar quiere algo.

Juana. - El que... ganar... quiere... algo...

Buenaventura. – Listo estará pa' perder.

Juana. - (Con más confianza.) Lista estará pa' perder.

Buenaventura.- Porque en la vida, mi vida,

Siempre tendrás que escoger.

Juana.- Eso sí que no lo entiendo.

BUENAVENTURA. - ¿Y qué importa si es canción no más? (Risas.)

(Empiezan nuevamente a cantar la canción. Juana se equivoca y la canción termina en un per-

seguirse y risotadas.)

Juana.— (Estallando con euforia al final.) ¡Qué bien me siento! ¡Qué contenta estoy! ¡Si hasta puedo cantar! (Y vuelve nuevamente a cantar un verso de la canción con voz aguda y destemplada.) ¿Me oyeron? ¡Puedo cantar... puedo cantar! Allá en la casa los chiquillos me perseguían gritando: ¡Juana Buey...! cantas como buey... ¡Eso es verso!, ¿sabe? ¡Si me oyeran ahora!

MELITÓN. - ¡Bueno! ¡Nos vamos a tener que ir yendo!

Juana.- Y por qué no se quedan un rato más. Lo estamos pasando tan bien.

BUENAVENTURA. - Pero si usted se viene con nosotros.

Juana. - ¿Con ustedes?

BUENAVENTURA.- ¿Qué ya se nos echó para atrás?

Juana.- Me han entrado todas las dudas.

Huacho.- Yo creí que se había decidido.

JUANA.— No es tan fácil. Allá tengo una pieza, una cama, una patrona que me dice lo que tengo que hacer. Y acá...

BUENAVENTURA.- Acá me tiene a mí, pues...

Juana. - Allá tengo un lugar que conozco y un asiento en la mesa. Y acá...

Huacho. - Acá nos tiene a todos. (Risas.)

Juana. - ¿Pero será para siempre? No vaya a ser cosa que me dejen botada por ahí.

MELITÓN.- Mírenos... ¿Nos halla cara para eso?

(Los tres hombres están de pie frente a ella. Juana los mira.)

Juana. - (Después de un tiempo.) Ya. Me decidí. (A Buenaventura.) ¿Y usted no me dice nada?

BUENAVENTURA.- ¡Yo ya lo sabía!

Juana.- ¡Mírenlo!

(Salen cantando y riendo, cuando se escuchan las voces que llaman desde un coche que pasa a lo lejos, las de los patrones.)

Voces .- ¡Juana!, ¡Juana!

Juana.— ¡Ya voy! (Toma el canasto, mira a sus compañeros y murmura entre dientes.) ¡Ya voy, ya voy!

(Cuando han desaparecido, también por arriba y por el otro lado aparece el ciego y canta):

CIEGO.- (Cantando.) El que ganar quiere algo

Listo estará pa' perder Porque en la vida, mi vida Siempre tendrás que escoger. Ya que si gano perdiendo Gano las cosas sabiendo.

(Termina de cantar el ciego y comienza a anochecer. Los peregrinos han dado vuelta por detrás de la panorámica. Es de noche. A lo lejos se escuchan algunos truenos. Contra la panorámica se perfilan los personajes que avanzan. Vienen hablando. Entran por el practicable de abajo.) Juana.— ¿ Qué es eso?

Melitón.- Truenos que andan entre los cerros.

BUENAVENTURA (Mirando el cielo.) ¡Puchas! Me calló una gota.

Juana .- ¿Adónde?

BUENAVENTURA.- Aquí en la nariz. ¿No me la ve? De seguro que se va a largar a llover.

Juana. - ¿Y nosotros? ¿Nos quedamos a cielo descubierto?

Buenaventura. – No pues, mi hijita, si le andamos trayendo un paraguas en el bolsillo. (Esboza un gesto como si quisiera abrazarla.)

Juana.- Ya pues, déjese.

Melitón. - Será mejor que acampemos por acá. El aguacero es seguro.

Huacho. - Allá hay unas rocas para allegarnos. Y podemos encender un fuego.

MELITÓN.- Buena idea. (Sale.)

Juana.- Ya va siendo hora de comer.

Buenaventura. – Hora será; pero de ahí que comamos...

Voz de Melitón. - ¡Sebastián!

HUACHO -- Mande ...

Voz de Melitón. – Ven a ayudarme a descargar las cosas. (Huacho sale.)

BUENAVENTURA.- No sea arisca.

Juana. - Arisca soy, porque así me enseñaron a portarme con los frescos.

BUENAVENTURA.- Le enseñaron mal.

Juana. - ¿Ah, sí? ¿Y usted me va a aprender?

Buenaventura. - Claro, pues, ¿no le enseñé la canción? ¿No soy buen profesor?

Juana. - Ya, pues, déjese. Si me va a cantar otra canción, cántemela.

BUENAVENTURA.- Pero cuando quiera. Se la escribí a usted.

JUANA. - ¿A mí?

Buenaventura. – De principio a fin.

Juana. - ¿Y cómo dice?

BUENAVENTURA. - Dice:

Siento que el aire esta noche

Viene con mar y con sal

Veo que el cielo esta noche

Brilla como un raudal... Déjeme siquiera la manito.

Eso no le puede hacer mal.

Juana. – La patrona me ha dicho que no.

BUENAVENTURA. - ¿Qué no qué?

Juana. – Que no aguante ni que me toquen la mano. Que por ahí empiezan.

BUENAVENTURA. - ¡Bah! Y cuando la gente educada se saluda, ¿no se da la mano acaso?

Juana. – Es que eso es la gente educada.

BUENAVENTURA. - ; Y yo qué soy entonces?

JUANA. – (Después de pensarlo.) Bueno, le doy la mano. (Él se la toma.) Pero agárremela y me la devuelve. Tal como lo hacen los patrones.

Buenaventura. – Después vamos por esas rocas. (Juana asiente.)

(Entran Melitón y el Huacho. Han dejado lo que traían junto a las rocas.)

Melitón. – Nos aguantaremos aquí hasta que pase el aguacero. (Mirando el cielo): Fuerte parece que va a ser. Las nubes están que amenazan.

Juana. No se nos vaya a nublar, oiga. No vaya a ser cosa que se nos pierda el astro.

Huacho. - Eso no se pierde nunca. Siempre se ve.

JUANA. - ¿Siempre?

Huacho.— De día y de noche. Y aún cuando va a llover y el cielo está con nubes, siempre hay una esquina por donde asoma. ¿Ve? ¡Allá está! (Ruido muy leve de la estrella.)

JUANA.— (Mirando.) ¿Adónde? No la veo... Hay tantísima nube... ¡Ah! (La ha descubierto y queda muda): ¡Qué grande! Si parece un hoyo en el cielo. No vaya a ser cosa que caiga un ángel por ahí.

(Apenas ha pronunciado estas palabras, se escucha a lo lejos un trueno, luego la luz de un rayo los inmoviliza y una muchacha irrumpe, corriendo entre ellos. A primera vista, y mientras retumba el trueno, parece un ángel, un ángel con el vestido roto y las alas desgarradas. Permanece un instante en el centro de ellos. Parece un pájaro en una jaula. Trata de arrancar, pero los hombres se interponen en su camino.)

Juana. - ¡Miren!...

BUENAVENTURA. - ¿Quién será?

Huacho. - ¿Qué le habrá pasado?

Melitón. - Lo mejor es ir a ver.

Juana. - Espérenme... Con cuidado, déjenme a mí. (Acercándose): ¿Qué le pasa mi hijita?

MELITÓN. - ¿Adónde va?

Huacho. - ¿Qué te pasa?

Buenaventura. - ¿Te andas arrancando?

Muchacha.- Tengo miedo.

Juana. - ¿De qué, mi pajarito?

Muchacha. – De... de... (Comienza a llorar. Juana la toma entre sus brazos como a un niño.)

JUANA.- Llore... llore no más, mi hijita. Desahóguese cuanto quiera. Eche su buen llanto que así se deshacen las penas, como terrones de azúcar... Eso es, mi hijita...

Muchacha. - (Reponiéndose poco a poco.) ¿No me vienen siguiendo?

Juana. - ¿Quién, mi hijita?

Muchacha. - Los que venían detrás.

Juana. – Mírenla... si tiembla como un chincolito. ¿Quién venía detrás?

Muchacha.— Unos hombres vestidos de negro. Unas mujeres... Estábamos ensayando. Cerca del colegio. Es un nacimiento que hacemos para la Pascua, yo soy el ángel que les avisa a los pastores.

Juana. - ; Y entonces?

Muchacha. De repente los vi. Traían un cajón. Negro también. Y se acercaban. Eran como gente mala.

JUANA.- Pero si ése es el entierro, hijita, que anda por estos lados. Pero ya lo meterán bajo la tierra y se acabará el mal.

Muchacha.—¿Cierto? Quise gritar, pero tenía un nudo aquí... (se toma la garganta) y no podía. Los hombres venían callados, y las mujeres llorando... no supe qué hacer y eché a correr.

Juana.- Hizo bien, pues.

Muchacha.- ¿No me vienen siguiendo?

Juana.- Nadie, mi angelito. Y por lo demás nos encontraste a nosotros.

Muchacha. - (Mirándolos por primera vez.); Quiénes son ustedes?

Juana. - Ellos son artistas y yo soy la Juana Buey.

Melitón.— Lo mejor será que te quedes con nosotros. Juana, cuídala. Mientras iremos a buscar leña para encender un fuego. Vamos... Y después llévatela para... (Melitón se aleja, Buenaventura lo sigue, El Huacho permanece mirando a la muchacha): ¡Eh, Sebastián!

Muchacha. - (A Juana.) ¿Me van a llevar de vuelta al colegio?

Juana.- Te vamos a llevar con nosotros.

Muchacha.- Pero es que tengo que volver.

Juana .- ¿Por qué?

Muchacha.- Porque soy el ángel.

Juana.- Ya no, pues, mi hijita. Si se arrancó, de seguro que han escogido a otra.

Muchacha. - ¿Usted cree?

Juana. – Sí, alguien tiene que haber ido a avisar a los pastores.

Muchacha.- ¿Adónde van?

Juana. – (Mientras comienza a desprender las alas.) Tras ese astro. ¡Mírelo! Ése que brilla más que los otros. (La muchacha lo mira. Hay un instante de silencio.) ¿No dices nada?

Muchacha.- ¡Chit...! Le estoy pidiendo una cosa.

Juana. - ¿A la estrella? Pero si no es la primera, mi hijita.

Muchacha. – Pero es la más grande que he visto. Y estoy segura que me lo dará. Es demasiado grande para que no me resulte.

Juana.- ¿Y qué es lo que pidió?

MUCHACHA .- ¡Chit ...!

(Durante el momento de silencio entra El Huacho. Ella al abrir los ojos lo ve. El Huacho trae algunos palos entre los brazos.)

Huacho. - (Después de un tiempo.) ¿Vas a seguir con nosotros?

Juana. - Claro que sí. ¿No es cierto, mi hijita?

MUCHACHA.- ¿Oué?

Juana.- Que se va a ir con nosotros, pues.

Muchacha.- No sé...

JUANA.— Ya pues, déjese de cosas. Mire que si no me voy a enojar y la vamos a dejar sola. (La muchacha la mira asustada.) Y gánese para acá para que terminemos de sacarle estas cuestiones.

(Entra Melitón, trae un atado de leña.)

Melitón.- ¿Todavía están aquí? ¿Que no les dije que se allegaran a las rocas?

Juana.- Ya vamos, don Melitón. Ya vamos.

(Melitón cruza y sale.)

Huacho.- (A la muchacha mientras Juana termina de desprenderle las alas.) ¡Vente!

Muchacha. – Allá me están esperando.

Huacho. - Acá también. Te estábamos esperando para que siguieras con nosotros.

JUANA.- ¡Ya está! Las voy a guardar para lavarlas en el primer río que encontremos... Si están

buenas todavía... (Inicia mutis hacia el lado donde está Buenaventura.) ¡Y vengan de una vez que si no, don Melitón se va a enojar...! (Salen.)

Huacho.- Yo ya te conocía.

MUCHACHA.- ¿Sí?

Huacho.- Te había visto antes.

Muchacha. - ¿En la Feria?

Huacho.- Entonces... ¿tú también te acordabas?

Muchacha. – Quiero decir que... (Pero no encuentra palabras para mentir.) Sí. Tú estabas en un rincón, tocando ese instrumento. (Señala el triángulo que cuelga de su cinturón.) y me mirabas todo el tiempo, como si te estuvieras asomando a una ventana chica.

Huacho. – Quédate... ¡Mira! ¿No te ha contado la Juana? Mira lo que andamos siguiendo. ¿La ves? Camina a través del cielo y nosotros la seguimos.

Muchacha.- ¿Para qué?

Huacho. – Para encontrarla. Un día tendrá que aparecer y nosotros alargaremos el brazo... así. (Indica el astro.) Y entre todos la descolgaremos.

MUCHACHA.- ; Y?

Huacho. – La habremos encontrado. Tendremos algo, ¿me comprendes? Algo que es cierto y que dura siempre. ¿Cómo te llamas?

Muchacha. - ¡Angélica!

(Entre cajas se escucha a Juana y Buenaventura.)

Voz DE JUANA. - ¿Y para cuándo es la canción?

Voz de Buenaventura. - Siento que el aire esta noche

Viene con mar y con sal Veo que el cielo esta noche

Brilla como un raudal.

Voz de Juana. - ¡Qué lindo, es para mí!

Voz de Buenaventura. - Si todo se viste de fiesta

¿Por qué me miras así? Que es fiesta lo que yo siento Lo que siento por ti.

Voz DE JUANA. - ¡Ay qué lindo! ¿Por qué no lo repite para los dos?

Voz de Buenaventura. – En el silencio quedamos

¡Calla! Que el alma calló Es porque juntos estamos

Juntos los dos, tú y yo.

Voz de Juana. - ¡Por Dios que me gustó! (Risas.)

MUCHACHA.- ¿Oyes?

Huacho. - Es Buenaventura que le está cantando a la Juana.

Muchacha. - Parece que estuviera triste.

Huacho.- Es la canción.

Muchacha. - (Después de un tiempo.) Está tan callado todo.

Huacho.- Es por la lluvia.

Muchacha. - ¿Por qué?

Huacho.- Después que llueve todo se calla.

Muchacha. - ¡Mira el camino! Lleno de pozas.

Huacho.— (La mira un instante y luego también habla de otra cosa.) Son las huellas de las carretas. El agua las llena siempre.

Muchacha. - ¿Y por qué no cantas tú también?

Huacho.- No tengo con qué.

Muchacha.— ¿No quieres cantarme? Así como Buenaventura le canta a la Juana.

Huacho.- No sé cantar sin instrumento.

Muchacha.- ¿Y el triángulo?

HUACHO.— (Sin querer contestar la pregunta.) ¡Mira! Después de un rato vas a oír cómo la tierra chupa el agua. Se parece al ruido de los grillos.

Muchacha.-; Y qué hiciste con el triángulo?

Huacho.- Lo vendí.

Muchacha. - ¿Lo vendiste?

Huacho.— Sí, para poder comer en el último pueblo. Era una de las últimas cosas que nos quedaban. Se lo vendí a Fanor.

Muchacha. - ¿Cuál? ¿Un hombre chico con una maleta llena de cosas?

Huacho.- El mismo.

Muchacha.- No me gusta.

Huacho.- A mí tampoco.

Muchacha.— (Mientras la voz de Buenaventura se pierde, después de un tiempo.) Ahora se quedó callado.

Huacho.- Angélica, ahora me tienes a mí.

Muchacha.— Me gusta cómo se pone el aire cuando acaba de llover. Aquí hay una poza tan grande. (Ha avanzado hacia la parte anterior del escenario y ahí parece mirar una poza. De pronto se inmoviliza.) ¡Sebastián!

Huacho.- ¿Qué?

Muchacha.- Ven.

Huacho.- ¿Qué pasa?

Muchacha. - Apúrate.

(El Huacho se acerca. Angélica está arrodillada junto a la poza y mira casi hipnotizada su hallazgo. El Huacho saltando entre los charcos, se ha colocado a su lado.)

Muchacha. - Ten cuidado... ¡Mira!

Huacho.- ¿Qué?

Muchacha.- Ahí al fondo.

Huacho. – (Después de mirar y con tono incrédulo y maravillado.) ¡Es la estrella!

Muchacha. - ¿Quien iba a pensar que la encontraríamos en esta poza?

Huacho.- Y tan brillante como en el cielo.

Muchacha.- Más brillante y más grande.

Huacho.- Parece de plata.

Muchacha.- Y nosotros que pasábamos mirando el cielo.

Huacho.- Tan cerca que está.

Muchacha. - Y tan quieta. Como si estuviera esperando que alguien la tomara.

Huacho.-; Voy a ir a buscar a los otros...!

Muchacha. - ¡No! No los vayas a buscar... Todavía. Nosotros la vimos primero.

Ниасно.- Pero...

Muchacha. Tómala tú antes. Nada más que para mí.

Huacho.-; Angélica!

Muchacha. - ¡Sí! ¡Nada más que para mí!

(Durante unos segundos los dos permanecen inmóviles mirándose. El Huacho obedece. Se arremanga e introduce el brazo en el agua del charco. Busca durante algunos segundos y es posible ver cómo su mano palpa el fondo arenoso.)

Huacho.- No la encuentro.

Muchacha. - A ver, déjame probar a mí.

(Introduce su mano en el agua y busca. Ahora las dos manos parecen dos peces dentro del agua fría. Dos peces que nadan sin tocarse.)

Huacho.- ¡Qué fría está el agua!

Muchacha.- Y el fondo es tan suave...

Huacho.- ¿La encuentras?

MUCHACHA.- No...

(De pronto las dos manos se encuentran bajo el agua.)

Los Dos.-; Aquí!

(Cada uno coge la mano del otro creyendo que es la estrella y la sacan del agua. Se miran durante un segundo, van a reír, pero luego se avergüenzan. Bajan la vista hacia el charco.)

Huacho.- ¡Mira... ahí está...!

(Y los dos comprenden que la estrella no es sino un reflejo en el agua. Miran hacia el cielo y la descubren allá arriba.)

MUCHACHA.- Allá...

Huacho.- Y ése no es sino el reflejo.

Muchacha. - ¿Por qué no miré antes hacia arriba?

(El cortejo pasa por atrás entre truenos y relámpagos.)

Huacho. - (Con aprehensión.) ¡Angélica! Una nube la va a cubrir.

Muchacha. – Es una nube negra. Se parece... se parece... a ésos que me persiguieron. ¡No! No quiero que la cubra.

Huacho.- Ya casi no se ve.

Muchacha. - Tengo miedo.

Huacho. - Se nos perdió.

Muchacha. - Sí. ¡Se nos perdió!

(Pausa. Desaparece la estrella. Se escuchan los gritos de Juana. Entra.)

Juana. - ¡Don Melitón! ¡Don Melitón! ¿Dónde está don Melitón?

Melitón. - (Apareciendo.) ¿Quién me llama?

Juana. - ¿Vio? ¿Vieron lo que pasó?

Buanaventura. – Una nube grandaza se le puso por delante.

Huacho.- Y la escondió.

Juana. - Dios mío... la escondió y ya no se ve.

Huacho.- No, no se ve...

Juana. - ¿Qué vamos a hacer?

BUENAVENTURA. - La nube no quiere moverse. ¡Miren!

Juana. - ¡Pero miren! Corren que corren las otras. Y ésa se queda.

Huacho. - Se queda y la esconde.

Juana. - ¿Qué vamos a hacer?

Topos.- ¿Qué vamos a hacer?

(Se apagan las luces y al volver a encenderse sólo se ve al ciego que aparece y canta.)

CIEGO.- (Cantando.) En la noche que era bella

Se han quedado confundidos Sin saber por qué ha venido El cortejo por la huella A esconderles esa estrella Más la historia aquí descansa Y los versos se arremansan Es un soplo pa'este ciego Que les dice como un ruego Vuelvan pronto y sin tardanza.

Telón lento

SEGUNDA PARTE

(Se ve atravesar a los personajes por el fondo. Van siempre caminando. Pero ahora la luz ha cambiado. Hay una sombra como la que se encuentra bajo los árboles en los bosques. La Abuela y Perico Burro aparecen. La Abuela trae una de esas casitas para recordar a los muertos, que se ven en los caminos con algunas velas encendidas y otras que encenderá mientras habla. La Abuela está en primer plano. Perico Burro lleva un bonete con orejas de burro.)

ABUELA.- Ya pues, Perico.

Perico.- Me cansé.

ABUELA.- Ya nos queda poco.

Perico.- Me cansé, le digo.

ABUELA.- Haz un esfuerzo.

Perico.- Estoy cansado.

ABUELA. - ¡Buen dar con el chiquillo porfiado! Si a veces me dan ganas...

Perico. La señorita Fresia me dijo que no me sacara este gorro.

ABUELA.- Ése es el gorro de los flojos. De los tontos.

Perico.- Usted será la tonta.

ABUELA.- Ven, Perico. Mira que luego va a hacerse más oscuro.

Perico.- Y la señorita Fresia me dijo que le hacía honor a mi nombre.

ABUELA.— Eso te lo dice siempre, porque eres más burro que tu propio padre que se llama Burro por apellido. Ya pues, Perico... Mira si no te levantas y vienes conmigo, capaz que el ánima te venga a penar esta noche.

Perico.- Yo no creo en las ánimas.

ABUELA.—¡Ave María Purísima! Qué chiquillo tan descreído. No hay nada más cierto que un ánima. Y la casa de tu padre está llena, porque él tampoco cree y así las criaturas aprovechan para pasearse como ratones por el entretecho. Vas a ver... Si no te vienes conmigo a construir la animita ahí donde acriminaron al finado, esta misma noche vendrá a tironearte de los pies...

Perico.- No creo en las ánimas.

ABUELA.- Tú no crees en nada, porque eres un ignorante.

Perico.- Así es como me dice la señorita Fresia.

ABUELA.— Ni siquiera te has podido aprender la lección del ojo. Hasta yo que nunca he sabido leer, me aprendí el ojo.

Perico. - (La mira un instante y luego.) ¡Cara de mono!

ABUELA .- ¿ Qué?

Perico.- ¡Cara de mono!

ABUELA.- ¡Cara de burro!

Perico.- ¡Cara de mono!

ABUELA.- ¡Cara de burro!

Perico.—¡Cara de mono! Siempre una vez antes que tú, cara de mono.

ABUELA.— (Se da cuenta que ha sido derrotada. Permanece muda durante algunos segundos y luego enhebra sus frases.) Me voy a llevarle la casa a la animita para que tenga donde reposar y no ande merodeando por los caminos y las casas de los cristianos... (Perico permanece imperturbable.) Por algo me dicen la albañila, porque me lo paso haciendo animitas en todas las partes donde se han acriminado los demás. (Esta historia la va contando a Perico y al público.) (Rezo):

Animita blanca

Animita del camino

Ampara a tus peregrinos

Ayúdalos en el camino. ¿No conocen estos cerros? En cada vuelta hay una casita con unas pocas flores y una vela que vengo a cambiar una vez a la semana. Cuando sé el nombre del finado, se lo hago escribir al Tuerto Ramón, que no cree en estas cosas; pero le gusta ganarse un par de pesos. Nos venimos los dos de mañanita cuando el sol puntea detrás de la loma. El Tuerto dice que es ése el mejor momento. Entonces saca un vidrio grueso. Lo pone así... y así... (va haciendo gestos a medida que habla) hasta que pesca el rayo de sol, y la madera se va quemando en letras. Yo a veces me siento en el suelo y le miro el ojo a través del vidrio grueso. Se le ve grandazo, como uno de pescado. Y se lo miro mucho rato, porque al Tuerto le gustan los trabajos bien hechos. A veces se demora una mañana entera, o dos, según como esté el sol; pero así el finado queda con nombre y los que pasan pueden rezarle en persona. Y mientras más uno les reza, más se quedan en esas casitas y no vienen a visitarla a una. Es la única manera de mantenerlas lejos, eso o un tambor...

Perico. – (Interrumpiéndola.) Un tambor.

ABUELA.— Cállate, chiquillo moledera. Si no quieres escuchar esta historia date vuelta para el otro lado. (Enhebra nuevamente su monólogo.) Un tambor es lo mejor para espantar ánimas. Mira, por el camino, te contaré la historia del finado... (Nuevamente enhebra su monólogo, mirando al público como si estuviera contando un cuento.) Le decían el Tordo, por el color creo yo. Por lo negra que tenía el alma. Si le robaba hasta a los pobres... Fue salteador desde chico, desde que se arrancó de su casa. Hay gentes que nacen así, con el mal adentro.

Perico. - ¿Qué hizo, abuela?

ABUELA.— Nada. Ese Tordo era malo, el más malo de todos. Pero una no está para juzgar estas cosas. Una está para consolar a los muertos y hacerles la vida más llevadera a los que no se han podido ir al cielo. Bueno... cuentan que anteayer en el Cerro Grande...

Perico. - ¿Y cómo sabe que éste no se fue al cielo?

ABUELA.— Raro sería; pero no imposible. Dicen que para todos los arrepentidos están abiertas las puertas del cielo. Pero yo me pregunto si ha tenido tiempo de arrepentirse. Seis carabineros lo andaban buscando, persiguiendo por los cerros. Y un hombre que se arranca no tiene tiempo para pensar en otra cosa... Porque lo cierto es que cuentan, que estando allá en al Cerro Grande...

(Pero interrumpe su relato al ver aparecer el cortejo fúnebre.)

Hombre. - ¿Queda muy lejos el cementerio, señora?

ABUELA. - A la vuelta de la loma, no más.

HOMBRE. - ¿Y éste es el camino?

ABUELA. – No tiene más que seguir derecho. Llega al pueblo, lo atraviesa y a la salidita está el cementerio. No hay como perderse...

Hombre. - Gracias, señora. (Se aprontan para salir pero la Abuela los interrumpe.)

ABUELA. - Mire lo que son las cosas. Justamente yo iba a hacerle una animita allá donde cayó.

MUJER I.- Falta le va a hacer, porque éste que llevamos a enterrar es el mal mismo.

Abuela. - Si quieren los acompaño para mostrarles el camino.

Hombre II.- Véngase con nosotros, señora.

ABUELA. - ¡Con lo que me gusta acompañar los muertos!

Hombre II. - Véngase con nosotros, señora. Él quería un funeral grande.

(La abuela se vuelve a Perico.)

ABUELA. - Vamos, Perico.

PERICO.- No.

ABUELA. - Vente, chiquillo.

Perico. - No me gustan los muertos.

ABUELA.- No seas tonto. Es como ir al desfile.

Perico.- No quiero.

ABUELA. - Ya se me taimó. Vente de una vez por todas, moledera.

Perico.- No voy a ni una parte.

ABUELA. – Entonces, espérame aquí. Pero no te vayas a mover, porque tu madre no me perdonaría... (A los del cortejo): Espérenme que ya voy... (A Perico): Espérame aquí mismo... (Y sale corriendo tras el cortejo.) Con lo que me gusta acompañar a los muertos...

(Casi al instante aparece el ciego, quien conversa con Perico.)

PERICO .- ¡Hola!

Ciego.- ¡Hola, Perico!

Perico. - ¿No vas a cantar ahora?

CIEGO.- No. Vine a conversar contigo.

Perico. – La señorita Fresia de nuevo me puso un dos en lectura.

CIEGO. - Sí. Lo sé.

Perico.—¡Ah, de veras que lo vi mirando por la ventana! ¿Por qué nunca se viene a sentar con nosotros?

CIEGO. - A veces entro, pero no me gusta el ruido de la tiza.

Perico.- ¿Cuándo chirria en el pizarrón?

CIEGO. - Sí.

Perico. – Lo hacemos de adrede. (Corre hacia el ciego): Para molestar a la señorita Fresia.

Ciego.- Es lo que me parecía.

Perico. - A mí no me importa.

Ciego.- ¿Qué cosa?

Perico. Ni el ruido de la tiza ni que la molesten. (Pausa): ¿Y para qué trajo la vigüela si no va a cantar?

CIEGO.- Siempre ando con ella.

Perico.- ¿Me la presta?

Ciego.— Tómala tú mismo... (El niño la recibe y toca una o dos notas): ¿Por qué no te fuiste con tu abuela y los otros?

Perico.- No me gustan los muertos.

CIEGO .- ¿Por qué?

Perico. – Es lo único que no me gusta... (Toca otra nota): ¿Se acuerda de ese chincol que tenía?

CIEGO.- Sí.

Perico.— Lo ponía en la ventana y se entraba a la pieza. Lo ponía en la pieza y se salía a la ventana. Andaba para uno y otro lado, nunca para el que yo quería. Así era como me gustaba. (*Toca una nota*.) Después, cuando se murió, lo dejaba en la ventana y ahí se quedaba. O en la pieza y no se movía. (*Pausa*.) Lo enterré. (*Toca una última nota y le devuelve la guitarra*.) Tome. ¿Por qué no me canta algo?

Ciego. – Porque estamos esperando a otros que van a llegar. Mira... creo que ya se acercan. ¿Los ves?

Perico. - ¿Dónde?

Ciego.- Allá en la vuelta. Van a ser amigos tuyos.

Perico. – Yo no tengo amigos. La señorita Fresia dice que soy demasiado burro para tener amigos.

CIEGO.— Éstos van a ser amigos tuyos. Son como el chincol que tenías. No se quedan quietos en ninguna parte.

Perico. - ¿Y qué andan haciendo por el camino?

CIEGO.- Buscando.

PERICO .- ¡Ah!

CIEGO.- ¿Los ves ahora?

Perico.- Muy cansados parece que vinieran.

Ciego.— Hace días que andan perdidos. Tres veces han pasado por este mismo cruce y no se ha dado cuenta.

Perico. – También parece que trajeran hambre.

CIEGO.- Hambre y frío.¡Estas últimas noches se han entumido, los pobres!

Perico. - ¿Y ésa de blanco? Casi parece que se fuera a caer.

Ciego. - Es la que está más enferma. ¡Pero, cuidado! Ya se acercan... Espéralos aquí.

(El Ciego sale. Perico permanece en un rincón y los que llegan no lo ven en un principio. Los cinco personajes avanzan con cansancio, mirando de pronto hacia el cielo, gesticulando. Angélica parece muy cansada. El Huacho la sostiene. La ayuda a caminar.)

Huacho.- ¡Don Melitón!

MELITÓN.- ¿Qué hay?

Huacho.- Angélica no está nada de bien.

Juana.- ¿Qué es lo que le pasa?

BUENAVENTURA.- Hambre debe ser la que tiene.

Juana .- (Se acerca a ella.) ¡Pobrecita...!

MELITÓN.- Tenemos que seguir.

Huacho. - Pero si ya casi no puede avanzar. Descansemos un poco.

MELITÓN.- No hay tiempo.

Buenaventura. – No ves, chiquillo. ¿No te lo decía? Ahora andamos peor que antes. A manotones con un cielo nublado.

Juana.- (Levantando la mirada hacia el cielo.) ¿Cuándo irá a aparecer, Dios mío?

Buenaventura. - Siguiendo algo que ni sabemos donde está...

Juana.- (Indicando hacia arriba.) Allá está...

BUENAVENTURA. - ¿Y cómo lo sabes?

Juana.- Don Melitón me lo dijo.

Buenaventura.— Mírenla... Antes era la patrona y ahora es don Melitón. Escúcheme a mí de cuando en vez, pues.

(Angélica tiene un desfallecimiento. Está a punto de caer.)

Huacho. - ¡Don Melitón!

(Todos se juntan alrededor de Angélica.)

MELITÓN. - Descansemos un rato. Veamos si se encuentra algo de comer en los alrededores.

Buenaventura. – Usted cree que los árboles de acá son como los del Norte. De los que se estira la mano y...

Juana. - Callado, que no ve que la niña no está bien.

BUENAVENTURA. - Las fuerzas se van acabando, pues. Y cuando las fuerzas...

(Sigue murmurando entre dientes mientras descargan lo poco que les queda.)

Huacho.— (A Buenaventura.) Ya no se me ocurre qué vender. Pero algo tenemos que cambiar por comida.

Buenaventura.— (Señalando a Melitón.) Debiera vender el tambor. Fanor dijo que le daría un buen precio...

Huacho.— Ño quiere. El otro día conversé con él. Pero dice que lo está guardando para algo más importante.

Buenaventura. – Más importante... ¡Cómo si morirse de hambre fuera poco! Todos hemos vendido hasta las tiras que teníamos y él...

Juana.- No hable así, oiga.

BUENAVENTURA. - Usted se calla, señora.

Juana. - ¿Por qué, pues, si la boca es mía?

BUENAVENTURA. - (Amenazándola con un gesto.) ¡Callada que si no...!

Juana. – Esto sí que está bueno... (Juana esquiva el golpe, llora, en eso descubre a Perico Burro y lanza un grito.)

Perico. - (Avanzando.) No se asuste, señorita. Soy Perico Burro.

Juana. - ¿Burro?

Perico.- Claro, como los porotos.

BUENAVENTURA. - ; Y qué andas haciendo por estos lados?

Perico. – Vengo del colegio. La señorita Fresia me dijo que le hacía honor a mi nombre, me puso este gorro y me mandó a ver a mi mamá.

BUENAVENTURA .- ¿Y tú?

Perico. - Voy a ver a mi mamá.

BUENAVENTURA. - ¿Con bonete?

Perico.— Claro. La señorita Fresia me recomendó mucho que no me lo sacara. (Pasándole a Juana un pirulín que ha sacado del bolsillo): Tome.

Juana. - ¿Qué es?

Perico.— Un pirulín. Para que se lo des a ella. (*Indica a* Angélica): Está un poco sucio, porque lo tenía en el bolsillo, pero chupándolo se limpia. (*Introduce la mano en su bolsillo y va sacando objetos que luego destruye.*) Pan... una manzana... éste es cordel, no más, la honda... Éste es pan también. Es más viejo, pero está bueno todavía... Una galleta... No, éste no, es una cuestión para cazar chincoles, no se come. Más pan...

Buenaventura. – Oye, ¿y no tendrías un litrito de vino en ese bolsillo mágico?

JUANA. – Déjalo... Las gracias hay que darle... (Extiende su mano.) Yo soy la Juana Buey. (En el momento de ir a estrechársela se detiene como hipnotizada.) ¡Don Melitón! ¡Mire lo que tiene esta criatura en los ojos!... (Perico los cierra.) ¡No, no los cierres! ¡Vengan a ver!

MELITÓN. - ¿Qué cosa?

Juana. – Dos luceros tan grandes como un puño, igualito al que andamos siguiendo.

(Todos, excepto Angélica, lo rodean. Hablan a un tiempo.)

BUENAVENTURA. - ¡De veras!

Huacho.- Le llenan los ojos.

Juana. - Si parece que brillaran como en el cielo.

Perico. - (Se desprende de los que lo rodean.) No tengo nada en los ojos. Déjenme tranquilo.

Juana.— No seas malcriado. ¿Qué no vez que te estamos mirando los ojos? ¿Para qué los cierras?

A ver, mi hijito, déjeme mirárselos...

Huacho.- ¿Y no será la que nosotros veíamos allá arriba?

Juana. – La misma que se habrá caído... y que este niño recibió en los ojos... ¿Qué dice usted don Melitón?

Melitón.- Perico, ¿no has visto allá arriba una estrella grandaza?

Perico .- ¿Dónde?

Melitón.- Allá arriba, en el cielo.

Perico.- Está lleno de nubes.

MELITÓN.- Ahora sí, pero antes ¿no la viste?

Juana.- Ésa es la que nosotros estamos buscando.

PERICO .- ¡Ah!

JUANA.—¿La vio, mi hijito? Contésteme. ¿No la vio brillando allá arriba? (Perico se encoge de hombros): En todo caso tras ella vamos.

PERICO .- ; Ah!

Juana. - ¿Y no te gustaría venir con nosotros?

Perico. - (Volviendo a encogerse de hombros.) No sé...

Juana. – Te va a gustar el paseo. Nos vamos por un camino y luego por otro. Se van viendo cosas, conociendo gente...

MELITÓN.- ¿No te quieres venir con nosotros, Perico?

Juana.- Claro que quieres, ¿no es cierto?

MELITÓN.- ¿Quieres?

BUENAVENTURA. -; Vente!

Perico.- No puedo moverme de aquí.

Juana. - (Un poco impaciente.) ¿Estás pegado?

Perico. – Estoy esperando a mi abuelita que se fue con unos al cementerio.

Juana. - ¿Quién se le murió?

Perico. - Los va acompañando nomás.

JUANA. Entonces tiene que volver, pues. Y apenas vuelva le pedimos permiso para llevarte. ¿No le parece don Melitón? Tienes que seguir con nosotros y vas a ver lo bien que lo vas a pasar. Todos seremos amigos tuyos y te vamos a enseñar una canción.

Perico.- Ah, no. Si hay que aprender algo, no.

MELITÓN.- ¿Cómo?

Perico. - Prefiero quedarme. Además, mi abuelita no me daría permiso.

Melitón.- Yo se lo pediré.

Perico.- No se lo va a dar tampoco.

Melitón.- Tienes que venirte con nosotros.

Huacho.-; Vente con nosotros!

Todos. - (Rodeándolo.) Sí, vente... (Se produce de pronto un silencio.)

Muchacha. - (Llamándolo con voz débil.) ¡Perico...!

(El niño se aleja del grupo y se acerca a la Muchacha con cierta curiosidad.)

Perico.- ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Muchacha.- Angélica.

Perico. - Pareces un ángel, pero roto.

Muchacha. - Perico vente... vente con nosotros...

Voz de abuela. - ¡Perico! ¡Perico...!

BUENAVENTURA.- Por allá, por el camino se divisa alguien.

MELITÓN.- ¿Será tu abuela?

Voz de abuela.— ¡Perico! ¡Perico...!

Perico. – Es ella. (A Melitón): Háblele usted.

ABUELA.— (Entrando.) ¡Perico...! ¡Perico...! ¿Dónde te has metido? Ven para que te cuente todo lo que esa señora... (Viendo a los demás.) ¿Y quiénes son éstos?

Melitón. – (Adelantándose.) Buenas tardes, señora.

Juana. – Buenas tardes. (Su mirada se clava en el tambor.)

Melitón. – Somos un grupo de artistas que andamos...

ABUELA. – (Interrumpiendo.) ¿Ese tambor es suyo?

MELITÓN. – Mío.

ABUELA. - ¿Y no lo vende?

MELITÓN. - ¿Por qué?

Abuela. – Porque yo se lo compraría.

Juana. - Don Melitón no vende su tambor.

Melitón.- ¿Cuánto me ofrece?

Juana. - ¡Pero, don Melitón...!

MELITÓN. - Yo sé lo que hago, Juana. (A la Abuela:) ¿Cuánto me ofrece?

Muchacha.-; Don Melitón...!

Buanaventura. - ¡Déjalo!

ABUELA.— ¿Pero para qué tanta historia? Yo lo único que le ofrecí fue comprarle el tambor.

MELITÓN. - ¿Y qué estaría dispuesta a dar por él?

(Fanor aparece en ese momento, casi como si hubiera brotado de la tierra. Lo acompaña Ana que viene cargada con todo lo que Fanor ha ido comprando a través del viaje. Siempre lleva los ojos cubiertos y murmura entre dientes.)

Fanor. – Ochenta pesos.

ABUELA.- Y cinco.

Fanor. - ¿Cómo dice?

Abuela. - Oue yo doy ochenta y cinco.

Fanor. - Cien pesos.

ABUELA.- Y cinco.

Fanor. - Doscientos.

ABUELA.- Y cinco.

FANOR. – Quinientos pesos y negocio terminado.

Abuela. - Y cinco.

FANOR.- Mil.

ABUELA.- Y cinco.

Fanor.— No sea empecinada, señora. Yo hace tiempo que ando comprándoles a estos caballeros. Estoy seguro que me van a dar la preferencia. (A Melitón.) Tres mil pesos.

ABUELA.- Y cinco.

FANOR. - Diez mil pesos. (Asombro general.)

ABUELA. - Y cinco. (Alegría general.)

Perico. – (Por lo bajo a la abuela.) Dile cara de cuervo.

ABUELA. – (A Fanor.) Cara de cuervo.

FANOR. – Usted tendrá cara de cuervo, vieja hollejo.

ABUELA. - (Imperturbable.) Cara de cuervo. Siempre una vez antes que tú, cara de cuervo.

FANOR.— ¿De dónde salió esta vieja loca? ¿Y usted no dice nada, don Melitón? ¿A quién le va a vender su tambor?

MELITÓN. - A usted, no.

Fanor. - Pero si hace tiempo que ando interesado en él.

Melitón.- ¡Por eso mismo!

FANOR. - Yo he sido quien les ha ayudado. Volví a ver si necesitaban algo.

Huacho.- Volvió a comprarme el triángulo por un par de pesos.

Buanaventura. - Y a mí las pocas pilchas que me quedaban.

Juana. - Y a mí las tiras con que me amarraba los chapes.

MELITÓN.- A usted no se lo vendería ni por cien mil pesos.

FANOR.- No tiene para qué hablarme en ese tono.

Melitón.- Yo hablo como se me antoja.

FANOR. - Le va a pesar.

Melitón.- Váyase de una vez... mejor...

FANOR.- ¡Desgraciado! Si no hubiera sido por mí se habrían muerto de hambre.

Melitrón.— Tal vez habríamos encontrado alguien honrado que nos ayudara, en vez de venderle a usted los monos por un pedazo de pan duro.

Fanor. Vámonos, Ana... Ya volverán estos muertos de hambre a pedirnos ayuda. Ya nos volveremos a encontrar...

Juana.- Claro; cuando esté escondido detrás de las rocas para sacarnos la ropa del cuerpo...

Perico.—¡Cara de cuervo! ¡Cara de cuervo! (Ya han desaparecido Fanor y Ana. Los demás siguen gritando.)

Melitón.- Y ahora, señora, el tambor es suvo.

ABUELA. - ¿Pero cuánto me va a cobrar? Lo cierto es que a mí no me quedan más que cinco pesos.

Melitón.- No quiero ni un solo peso, señora. Se lo doy a cambio de un permiso.

ABUELA. - ¿Un permiso? ¿Qué permiso?

Melitón.— Que le de permiso a Perico para que venga con nosotros a la siga de una estrella que andamos buscando.

ABUELA.— Ándate con ellos entonces. Pero me lo traen de vuelta, ¿eh? Se los presto para que les ayude a buscar lo que andan buscando; pero usted me promete traérmelo de vuelta.

Melitón.- Le doy mi palabra, señora.

Juana.- Como que me llamo Juana Buey.

MELITÓN.- Aquí tiene el tambor. (Se lo entrega.) ¿Le importaría si me quedo con los platillos?

ABUELA.- El tambor es lo que me interesa.

Juana. - Entonces guárdese el tambor y véngase con nosotros, señora.

ABUELA.— Yo tengo que cuidar mis animitas. Por aquí los voy a estar esperando y cuando hayan descubierto la cuestión ésa, me vienen a contar.

MELITÓN.- Ya que estamos de acuerdo en todo, vamos andando. ¿Cómo te sientes, Angélica?

Huacho.- Más alentada parece que estuviera.

MELITÓN.- ¿Te sientes con fuerzas para seguir?

MUCHACHA. - Sí.

MELITÓN.- Sigamos entonces... Tú, Perico, ponte a la cabeza y dinos hacia dónde caminamos.

Perico.- En la escuela, la señorita Fresia siempre me pone al final de la cola.

Juana. - Ya ves, con nosotros sales ganando.

Perico.- Para allá, entonces.

ABUELA.- Para allá queda el pueblo.

Melitón.- Por el camino nos las iremos ingeniando. Lo importante es irse ahora. No perder tiempo.

Todos.- Vamos... vamos...

(Todos se aprontan para partir. Recogen lo que les queda y van saliendo.)

ABUELA. - Perico... Perico... ¿no te vas a despedir de tu abuela?

Perico.- Pero si voy a volver luego.

ABUELA.- Despídete de todas maneras.

Perico - Chao ...

ABUELA.- Chao.

(Van saliendo cantando. La Abuela queda sola. Coge el tambor entre sus brazos y mira por última vez en dirección por donde los demás han salido.)

ABUELA.- Chao... chao... cara de burro. Siempre una vez antes que tú: cara de burro.

(Luego se escuchan los golpes que da sobre el tambor y sale. Entran María Chica y Laura Candela por la parte alta, arriba atrás.)

MARIA CHICA.— No sé por qué te hice caso, Laurita. No sé por qué siempre te hago caso. Allá en la feria, deberíamos habernos leído la suerte con la adivina de don Fanor.

LAURA.- ¿Y para qué?

María. – A lo mejor nos habría adelantado cómo iba a ser esto.

LAURA. - ¿Qué ya se te acabó el entusiasmo del viaje? ¿Qué le hallas a esto?

María. - No sé... lo imaginaba distinto. Con menos lluvias. Que sería más... bonito.

Laura. – Es que tú te lo pasas creyendo que las cosas van a ser más bonitas. Son siempre iguales, María, siempre... ¡Ya está! Lo único que faltaba. ¡Se me salió un taco!

María. - Trata de enderezar el clavo. A veces se arreglan.

Laura. - ¡Qué se va a arreglar! Y no tengo más zapatos que éstos para cuando lleguemos a la casa.

María. – Mañana te compras.

Laura. – Pero esta noche ya habrá fiesta. Le escribí a las chiquillas que tuvieran todo listo. Hay que empezar a hacer negocios desde hoy mismo.

(Pausa.)

María. - ¿Tú crees que la casa será...

Laura. – ¿Bonita? Un barracón, pues, como todas. Con hartos gritos, con harto trago y el diablo sentado en cada pieza.

María.- ¡El diablo...!

Laura. – El único que anda siempre entre nosotros. Un diablo de ojos abiertos y manos rápidas. A veces me dan ganas de tenerlo frente a mí, para...

María. No digas eso, Laurita. (Sube.) No sea cosa que se nos aparezca.

Laura.- ¡Ojalá, hija! Así por lo menos podría pedirle algo a cambio del alma. Tú... ¿qué le pedirías?

María.- ¿Al diablo?

Laura. - Claro. También es hombre y se le puede pedir.

MARÍA.— Bueno... si en verdad fuera un hombre, un caballero quiero decir, le pediría... que me contara algo, ¿comprendes? Que me hablara de algo que yo no conociera. Me gusta que me hablen de cosas en las que una puede creer...

LAURA.—¡Claro! Para que te metan el dedo en la boca cono lo hacen todos. Te das cuenta que de repente van a llegar los días malos y no vas a poder volverte para atrás? No seas tonta, no escuches tantos cuentos, trabaja y ahorra...; Ya está! Parece que así estuviera más o menos. (Vuelve a ponerse el zapato.) ¿Sabes lo que yo le pediría al diablo? (Riendo.) ¡Un par de zapatos a cambio del alma! Y vamos caminando que de no, no llegaremos nunca. ¡Esta María Chica! ¡Qué sería de ti, si no existiera la Laura Candela! (Ha iniciado el mutis.)

MARÍA.- (Permanece sola, piensa en voz alta.) Sí... ¿qué sería de mí...?

Voz de Laura.- ¡Vamos!

María. - (La sigue.) Voy...

(Han salido y entra el Ciego y canta.)

Ciego. - (Cantando.) El camino aquí se dobla

Y en su codo se ha plantado Aquél árbol del pecado Donde el vicio, precio cobra Y el dolor come las sobras. Casa es sin esperanza Sin ventanas ni salidas Y se cruza en toda vida Sólo aquellos con templanza

Logran ir con los que avanzan.

(Apenas el Ciego ha terminado de cantar, hay un momento de silencio y luego el escenario se llena de luces cambiantes y estalla en su centro mismo una fiesta. Es un golpe brusco, casi como la iluminación que produce un rayo y nos encontramos en un lugar distinto. Se escuchan risas, gritos, música y vemos a cuatro mujeres: María Chica, Laura Candela, Rosalía y Cora, perseguidas por un hombre (Fanor) que lleva una máscara de diablo pintarrajeada. Otras parejas bailan o se abrazan por los rincones.)

María Chica.— (Perseguida por el hombre con máscara.) ¡El diablo! ¡El diablo! (Las otras prostitutas corren a refugiarse.)

Laura Candela.- ¡No se asusten! ¡Si no es más que el diablo...!

Hombre I.- Eso es... Cánsalas no más... Que después entramos a tallar nosotros...

HOMBRE II.— ¡Claro! Si ahora tenemos al mismo diablo para que nos haga el trabajito fino...! (Grandes risotadas.)

Rosalía .- ¡Ay, me va a tocar!

CORA .- ¡Ay, si parece que tuviera electricidad...!

(De pronto en su carrera el hombre de la máscara queda frente a Laura Candela. Ella lo enfrenta.)

Laura.—¡Épale! Que aquí estoy yo... (El hombre se detiene y los demás se separan. Igual que lo hacen los espectadores en torno a dos personas que van a luchar.)¡Atrévete conmigo! Por algo me llaman la Laura Candela. Porque soy capaz de encender los bosques rociados... A ver... ¡Atrévete conmigo...!

HOMBRE I .- ¡Miren la Laurita!

Hombre II .- ¡Esta sí que salió con agallas ...!

María Chica. - Cuidado Laura, que a lo mejor es peligroso...

(Están como dos luchadores en el centro de una pista. El hombre da un paso, extiende la mano como para agarrarla.)

Laura Candela.— ¡Pásame esa mano! (Se la agarra.) ¡Miren las manos del diablo! Ni pezuñas tiene... (Risas. El hombre retira la mano.) ¡Pero olor a azufre sí que deja... (Se huele la propia mano.) ¡Ese olor que marea más que no sé qué...!

María Chica .- ¡Cuidado, Laura!

Rosalía.- ¡No sabemos ni quién es!

HOMBRE I .- ¡Voy por la Laurita!

HOMBRE II .- ¡Vamos, Laurita!

(Vuelven a enfrentarse los contendores. Avanzan y retroceden igual que si estuvieran presos en los movimientos de algún ritual.)

LAURA.- Ven, diablo, ven para que te saque esa cara y ver la que tienes de verdad.

HOMBRE I.- ; Así me gusta, Laurita! ¡Búscale camorra!

Rosalía.- ¡No vaya a ser cosa que no tenga cara...!

Laura. – ¡Ven...! Hasta ahora siempre te he visto de noche y tan requete cerca que ni sé cómo eres. Hombre II. – ¡Sácale la cara... sácasela!

(Con un movimiento brusco Laura Candela le arranca la máscara, Aparece Fanor,)

María Chica .- ¡Don Fanor!

Hombre I.- ¿Qué ya se conocían?

HOMBRE II .- ¡No vale así!

Laura. - ¡Mírenlo, si es don Fanor en persona...! ¿Y de dónde viene?

FANOR .- ¡De la fiesta de la Diablada!

LAURA.— ¡Pásenle un trago de ponche! ¡Y la ponchera también...! para que le eche malicia que falta le hace.

Cora.- Es re viejo... no me gusta.

Laura. - Pasemos para la otra pieza, don Fanor. Allá está el ponche como lo piden.

(Salen hacia la derecha arrastrando a Fanor. Oliverio permanece en el lugar. Mirando siempre y escondida entre las sombras, Ana. Al ir a desaparecer con los demás, María Chica se da vuelta. Se escucha música en el interior.)

María Chica. – (A Oliverio.) No se quede ahí con esa cara, mire que nos agua la fiesta.

OLIVERIO.- Estoy mirando, pues.

María Chica.- ¿Y por qué no viene a probar el ponche?

OLIVERIO.- Luego voy a tener que irme.

MARÍA CHICA.— ¿Adónde se va a ir a esta hora? Aquí nadie viaja de noche. Los bosques son demasiado oscuros.

OLIVERIO. - Justamente. A esa hora es cuando aparece.

María Chica. - ¿Qué cosa?

OLIVERIO. - Una mariposa que ando persiguiendo.

María Chica. - ¿Una mariposa?

OLIVERIO. – Una que se da en esta zona. A lo mejor usted la ha visto. Tiene las alas blancas y una estrella pintada en cada una.

María Chica.— ¿Una estrella? Ésa que está allá (señala a Ana) se lo pasa hablando de una estrella.

OLIVERIO.- Pero ésa será del cielo.

María Chica.— Del cielo digo yo, aunque ésas hace días que no las vemos. Ha estado todo cubierto y sin un soplo de viento para correr las nubes. Llueve, eso sí. Todo el tiempo. (Bruscamente cambia de tono.) ¿Es bonita?

OLIVERIO. - ¿No quiere ir a buscarla conmigo?

María Chica.- No puedo. A esa hora trabajo.

OLIVERIO. - No trabaje por hov.

María Chica. - Es que a lo mejor pierdo de ganar.

OLIVERIO. - Pero gana viendo la mariposa. Como dicen, algo tiene que perder uno...

María Chica. - ¿Para ganar algo?

OLIVERIO. - Eso es.

María Chica.— (*Tras algunos titubeos.*) No, mejor que no. Tengo que ahorrar para los días malos. La Laurita me lo pasa diciendo: "Economiza para cuando vengan los días malos...". ¿Y sabe una cosa? Aquí en medio del frío y de la lluvia, me he dado cuenta que puede haber días malos...

(Aparecen Rosalía, Laura y Fanor.)

FANOR. - ¡Don Oliverio! ¡Usted por estos lados...!

OLIVERIO. - Así es don Fanor.

FANOR. - No ve pues. ¿No le dijo la Ana que iba a viajar?

OLIVERIO. - Así no más fue.

Fanor.— (Acercándose y guiñándole.) ¡Haber sabido antes que le gustaba la remolienda! Allá lo habría llevado a un lugar que conozco...

OLIVERIO. - Cuestión que me invitara, don Fanor. Siempre digo que sí cuando me invitan.

FANOR. - ¿Siempre? No vaya a ser cosa que caiga en un traspié de repente.

OLIVERIO. - Caigo y me levanto, pues...

FANOR. - (Riendo.) ¡Se levanta...! ¡Este don Oliverio! ¡Si hasta su chiste tiene!

Rosalía. – (A Oliverio.) Por ahora venga a bailar con nosotros. Venga un rato, qué más da... Un cuarto de hora... Vamos María Chica.

(Salen Oliverio, Rosalía v María Chica.)

Laura Candela.—¡Mire, parece que vinieran otros clientes!¡Rosalía, trae un vaso para alegrar a los recién llegados!

FANOR.— (Los mira.) Mejor que la encuentren sola. No vaya a ser cosa que yo los corra.

Sale.

Laura,— (Fanor ha desaparecido. Ella se da vuelta hacia los recién llegados que son Buenaventura y El Huacho.) Pasen... ¡Pero qué cara traen! Si parecen aparecidos... (Llamando.) ¡Rosalía!

BUENAVENTURA. - Andamos buscando un lugar donde pasar la noche.

LAURA. - Éste es el que les conviene, entonces. Aquí se pasa la noche hasta la mañana misma...

Huacho. - (A Buenaventura.) Vámonos mejor.

Laura.—¿Qué tiene miedo? (Entra Rosalía con los dos vasos de ponche): ¡Aquí están los refuerzos! Un trago de éstos y se vuelan todos los miedos.

BUENAVENTURA. - La verdad es que mal no nos vendría.

LAURA. - Entonces, ¿qué espera?

BUENAVENTURA .- ¡Salud, pues!

Huacho.- Vamos, Buenaventura. ¡Vamos a buscar a los otros que se quedaron allá!

Laura. - Mire que ha salido terco su compañero.

BUENAVENTURA. - Es que es huaina. ¡Va a tener que avispármelo!

Laura. Déjemelo a mí. ¡Y usted descanse y entreténgase que para eso es esta casa! (Llama); ¡Cora! ¡Lucy! ¿Dónde se han metido todos? ¡Vengan a recibir a los recién llegados! (Aparecen todos y cantan estribillo de la cueca.)

CANTORA .- Se pide Saber que siempre,

Nadita se consigue Mi vida Si no se pierde. Si no se pierde ¡Av sí! Mi vida Lo que se tiene, Y se espera hasta el fin Se espera Lo que se quiere. Ay sí! Que lindo juese Si juese lo que juera. Para subir al cielo. Al cielo Se necesita Saber poner los pieses Mi vida De subidita. De subidita ¡Ay sí! Mi vida Y sin temores. Caminar hasta el fin Mi vida Por donde toque. Dale pues caminando Ay sí, ay Y no te importe.

LAURA.- ¡Vamos! ¡Hay que animar la fiesta...! ¡Un poco de música! ¡Y échenle más fruta al ponche, más vino y más malicia! A ver si encendemos la casa como un faro en medio de esta lluvia que no para...! ¡Eso es! ¡Que no ven que después de acá se acaba la tierra y comienzan las nieves? ¡Aquí por lo menos hay ruido! ¡Que se oiga! (Se incorpora a la fiesta y cantan y bailan.)

(Fanor aparece en ese instante. Nuevamente se ha puesto la máscara.)

Rosalía.- (Chillando en broma.) ¡El diablo! ¡El diablo!

(La mujeres gritan perseguidas por Fanor. Ríen ahora y van desapareciendo. El escenario queda vacío durante algunos segundos mientras se apagan los ruidos de la fiesta. Aparecen arriba: Melitón, Juana, Angélica y Perico Burro.)

MELITÓN.- ¿Estás segura que cortaron hacia este lado?

Juana.- Perico los vio. Y a él lo andamos siguiendo.

Muchacha.- Tengo miedo...

Juana.- Quédese tranquila, mi hijita. Deben andar buscando un lugar donde pasar la noche.

Melitón. - ¡Y esta lluvia que no para! Gánese para acá que está más protegido.

Juana.- Ven, Perico, no te vayas a constipar.

Perico.- No me enfermo nunca. Es en lo único que tengo buena nota: en asistencia.

Juana. De todas maneras... Mira que vo me hice responsable con tu abuelita.

Melitón.- No los diviso por estos lados.

Perico. - Le podemos preguntar al ciego si los ha visto.

Juana. - ¿A cuál ciego?

Perico.- A ese que está allá.

Juana.- ¿Dónde? Que no lo veo con esta lluvia.

Muchacha. - Allá parece que hubiera alguien.

Juana. - ¿Dónde, mi hijita?

MUCHACHA.- Allá...

MELITÓN. - ¡Cuidado...! Alguien viene...

(Aparecen María Chica y Oliverio.)

MARÍA.- ¿Es verdad que tiene que irse?

OLIVERIO.- Se me está haciendo tarde.

María. – Me gustaría tanto ir a ver la mariposa.

OLIVERIO. - ¿Y por qué no me acompaña entonces?

María.- No puedo...

OLIVERIO.- Hay que hacer lo que uno tiene ganas...

María Chica.— No siempre se puede. Acá estoy... no sé... acostumbrada. Es mi trabajo, ¿comprende? Me da miedo buscar otra cosa.

OLIVERIO. - No se le dé nada. Yo volveré a mostrársela.

LAURA. - (Desde adentro.) ; María, María!

María.- ¿De veras?

LAURA. - ¿Dónde te has metido?

María.— Tengo que irme ahora. (Antes de salir se detiene): Ojalá vuelva, ¿ah?... Ojalá... (Desaparece.) (Oliverio permanece un segundo mirándola y luego se decide a partir. Desde lo alto hablan los que están mirando.)

Juana. - ¿No ves que no era el ciego?

Perico.- El ciego es otro. Allá anda.

Juana.- ¿Dónde que no lo veo?

Perico. - Anda con nosotros todo el tiempo.

(Durante este diálogo Oliverio se ha aprontado para partir. Angélica baja corriendo hacia él.) (Aparecen abajo Laura Candela y Buenaventura y luego todos lo que están en la fiesta. Entre risas y gritos. Fanor con la máscara. Melitón, Juana y Perico contemplan de lo alto. Angélica ha quedado mezclada entre los de la fiesta.)

JUANA.- (Ahogando un grito.) ¡Don Melitón!

MELITÓN. - ¿Qué pasa?

Juana. - ¡Miren quién está ahí...! ¡Buenaventura!

BUENAVENTURA.- (Deteniéndose un instante.) Parece que alguien me llamó.

Laura. – Ideas... Entre para adentro y tómese otro traguito y me cuenta de eso que andan buscando.

Juana. - ¡Buenaventura!

BUENAVENTURA. - (El hombre se da vuelta y ve a Juana.) ¡Juanita!

(Hay un momento de silencio. Juana baja hacia Buenaventura.)

LAURA.- ¿Y de dónde salió esta huasa?

Juana.- Usted mejor que se quede callada.

LAURA.- Mírenla... con chapes y dando órdenes. ¡Huasa deslavada!

JUANA. - (Reteniéndose.) Mejor que no me haga hablar...

Laura.- Quédate callada, ¡china mugrienta!

Juana. - ¡Deslenguada!

Laura. - ¡Huasa tonta!

Juana. - ¡Sinvergüenza!

LAURA .- ¡Huasa bruta!

Perico. - ¡Dile, cara de mono pintado!

Juana. - ¡Cara de mono pintado!

Laura.- Tú tendrás...

Juana. - (Gritando.) ¡Cara de mono pintado! ¡Cara de mono pintado...!

(Laura Candela se lanza sobre ella y las dos mujeres se traban en combate. Los demás tratan de separarlas. Hay gritos, algunos de estímulo. Otros para tranquilizar. Y en ese instante pasa el cortejo fúnebre. En medio del silencio se escucha el grito de Angélica que corre a refugiarse en los brazos del Huacho.)

Muchacha. - ¡Ésos son...!

Huacho. - ¿Quiénes?

Muchacha. - Los que me andan persiguiendo.

Huacho. - Quédate tranquila, ahora. Estás conmigo. No debíamos habernos separado nunca.

(El cortejo se detiene. Uno de los hombres del cortejo se adelanta y dice.)

Hombre. - Nos habían dicho que para llegar al cementerio había que atravesar el pueblo.

Hombre I.- Un poco más allá compadre. Aquí todavía estamos vivos.

María Chica. - ¡No sea irrespetuoso! Que no ve que llevan un muerto.

HOMBRE CORTEJO .- ¿Falta mucho?

María.- No, ya están por llegar.

LAURA.— (Arreglándose el peinado.) ¿No quieren pasar a refrescarse? Traen cara de cansados.

Hombre Cortejo. - Queremos llegar antes que nos cierren las puertas del cementerio.

Laura. - Ésas no las cierran nunca. Pasen a servirse un trago, más que sea.

HOMBRE CORTEJO. - ¿Están de fiesta?

Rosalía. - Aquí se está de fiesta todos los días.

Hombre Cortejo.- Nosotros andamos de duelo.

LAURA. – Paremos la zandunga un rato, pues. (Protestas de los hombres.) Más no faltaba. Si en esta casa se comprende el dolor.

Hombre Cortejo. - Bueno, un trago les acepto. Uno para reponer las fuerzas.

Laura.- Uno y después cuando vuelvan, otro. Porque van a volver, ¿no es cierto?

Hombre Cortejo. - A lo mejor. Sobre todo si ustedes nos acompañan.

Laura. - ¿Hasta el cementerio?

Fanor.— (Sacándose la máscara.) ¿Y por qué no? Entre todos podemos ayudarlos a sentir... y después volvemos...

Hombre Cortejo.- ¡Don Fanor! No lo sabía por estos lados.

FANOR. - ¡El mismo, pues! Para servirlo.

Laura. – Conforme. ¡Vamos! (Se acerca a los músicos.) ¡Y ustedes váyanse cuanto antes! ¡No quiero volver a verlos!

Juana. - ¡Mírenla!

Laura. - ¡Llévense a sus rotosos! Que para nada sirven.

MELITÓN. - (Reteniendo a Juana.) ¡Juana...!

Laura. - Sí, eso es. ¡Váyanse! Y nosotros vamos, chiquillas...

María.- No quiero ir, Laurita.

LAURA.- No seas tonta. ¿Que no ve que andan cargados de plata?

María. - Sí, pero es que...

Laura.— ¿Te dan miedo los muertos? Piensa en los días malos entonces y no seas tonta. En este trabajo hay que aprender a no tener ni miedo ni esperanza. ¡Vamos!

(El hombre del cortejo vuelve a juntarse con los demás y las prostitutas sacan velos negros con los que se cubren la cabeza y van saliendo tras el cortejo. Oliverio se queda atrás. Fanor se lleva a Ana tras el cortejo.)

FANOR.- Vamos, Ana.

ANA.- (Regresando con cierta angustia.) Algo llegará

Algo volverá Estrella veo...

(Fanor la obliga a seguir con los del cortejo y en el momento de partir dice a Oliverio)

FANOR.- Ya pues, don Oliverio, que nos vamos yendo.

OLIVERIO .- ¿Adónde?

Fanor.—Con ellos, pues, de ida y de vuelta. (*Indica el cortejo que se aleja*.) Es una invitación, don Oliverio. Y usted me dijo que nunca las rechazaba.

Angélica. - (Corriendo hacia Oliverio.) ¡No se vaya con ellos!

OLIVERIO. - ¿Cómo?

Angélica. - Tengo algo que decirle. Por favor no se vaya.

FANOR. - ¿Viene, don Oliverio?

OLIVERIO.- No, don Fanor. No voy en esa dirección.

(Fanor se encoge de hombros y sigue a los del cortejo que ya han desaparecido.)

Juana. - ¿Sigue con nosotros entonces?

OLIVERIO. - Depende hacia donde vayan.

Angélica. - Andamos siguiendo una estrella.

OLIVERIO. - ¿Con este cielo? Tendrán que esperar que se corran las nubes.

(Se produce de pronto un gran silencio. Todos vuelven a mirar el cielo y se dan cuenta que sigue

cubierto casi sin remisión. Se reparten por el lugar, vagando. Juana se acerca a Perico Burro que se ha quedado adormilado y lo toma entre sus brazos. Buenaventura se le acerca.)

BUENAVENTURA. - ¡Juanita!

Juana .- ¿Qué hay?

BUENAVENTURA. - ¿Está enojada?

Juana .- ¡Chit! que el niño tiene sueño.

BUENAVENTURA. - Pero contésteme... ¿está enojada?

Juana .- ¿Con quién?

Buenaventura. - Conmigo, pues, por lo de endenante.

Juana.- Son esas mujeres que tienen la culpa de todo.

BUENAVENTURA. - Así es, de todo. Pero para mí, usted es la única.

Juana.- ¿De veras?

BUENAVENTURA. – Como que me llamo Buenaventura. (Le toma la mano.) La única y para siempre.

JUANA.— (Mirando hacia el cielo, muy suavemente.) ¡Ay, cuando me dice esas cosas, me parece que la veo...! (Mira a Buenaventura.) ¿Pero, qué vamos a hacer ahora? ¿Adónde vamos a ir?

BUENAVENTURA.— (Se encoge de hombros.) ¡Chit...! Parece que el niño se ha quedado dormido. JUANA.— Así es nomás... Quizás con qué estará soñando...

(Angélica y Huacho en otro lugar del escenario.)

Huacho.— A veces, cuando estoy así, contigo, me parece que la veo. Miro y todo está oscuro, cerrado como una puerta, y de repente, no sé por qué me parece que la veo...

Muchacha.—¿Por qué la perdimos, Sebastián? ¿Por qué se nos fue? ¿Qué vamos a hacer ahora? Huacho.— Tal vez debíamos preguntarle a don Melitón.

Muchacha.— O al ciego... Uno que Perico dijo que nos andaba siguiendo. Pero ahora no lo veo. ¿Qué vamos a hacer, Sebastián? ¿Adónde vamos a ir?

Juana. – (A Buenaventura.) Míralo... si parece que tiene una sonrisa. Debe estar soñando con algo agradable.

Muchacha. - (Al Huacho.) ¿Escuchaste? Me pareció un ruido...

Huacho. - ¿No será el viento? Ah... si viniera y barriera todas estas nubes...

Muchacha.- No, no es el viento... ¿Qué vamos a hacer, Sebastián? ¿Qué vamos a hacer?

JUANA.— Y ahora se le nubló la carita, igual que el cielo... ¿Qué vamos a hacer? No podemos quedarnos aquí, solos, en medio de la oscuridad. Don Melitón... don Melitón...

MELITÓN.- ¿Qué hay...?

Juana.— ¿Qué vamos a hacer ahora...? Mírenos... Mire cómo estamos... ¿Qué es lo que vamos a hacer?

(Pausa.)

MELITÓN. - Seguir.

BUENAVENTURA. - ¿ Oué cosa?

Melitón. – La estrella.

BUENAVENTURA.- Pero si la perdimos hace rato.

MELITÓN.- (Indicando el cielo.) Pero está allá.

Buenaventura. - En el cielo, sí, pero... ¿dónde?

Juana. - ¿Y hacia dónde camina?

Huacho.- Volverá a aparecer.

Angélica. - ¿No la habremos perdido?

Melitón.- Las estrellas no se pierden. Están como clavos allá arriba.

Juana. - ¿Cómo lo sabe?

MELITÓN.- Lo sé.

Juana. – (Después de un silencio.) ¿Vamos a seguir caminando entonces...? (Perico se ha desper-

Melitón.— Sí. Hacia allá. Hacia donde nos llevaba la estrella. Hay que seguir, porque seguir es lo único que podemos hacer.

Lo de atrás, ya está andado, nada nos trajo y nada nos traerá si lo volviéramos a caminar. Hay que seguir, buscar y seguir, tratar de encontrarla y otra vez.

Con ella íbamos.

Y adónde íbamos debemos llegar (Pausa.)

Debemos decidir ahora

Quedarse o con los otros proseguir

Pero quien con nosotros siga

Lo hará con juramento

Con palabra y con fe.

BUENAVENTURA. - ¡Un juramento!

Melitón.- El de seguir hasta el final. Sobre estos platillos habremos de jurar.

Es lo único que nos queda.

Lo más santo también. (Los va nombrando.) Sebastián, Angélica, Buenaventura...

BUENAVENTURA. - (A Juana.) ¿Tú, qué quieres?

Juana. - Seguir.

BUENAVENTURA. - Entonces yo también.

(Se acercan todos y lo rodean. Juana sostiene a Perico de la mano.)

Melitón.- Aquí, juntos. Repitan conmigo... Juro por lo más santo que tengo.

Todos.- Juro por lo más santo que tengo.

MELITÓN. - Seguir caminando.

Todos.- Seguir caminando.

MELITÓN. - Sin protestas, ni reclamos, sin querer volver atrás.

Todos.- Sin protestas, ni reclamos, sin querer volver atrás.

Melitón.- Juro seguir con los otros, no separarnos hasta encontrar.

Todos. - Juro seguir con los otros, no separarnos hasta encontrar...

(Mientras continúa el juramento aparece Oliverio Pastor. Separado de los demás.)

OLIVERIO.— ¡Niños...! No se vayan todavía. Acabo de ver una Lynomorfa Tórpida y aunque es tarde tenemos que hablar de ella... Eso es... escuchen con atención. Las Lynomorfas Tórpidas pertenecen a la familia de las Lynomorfas Stellum y son muy difíciles de encontrar. Tienen las alas blancas y, como su nombre lo indica, una estrella va trazada en las alas... ¿La ven? Acérquense, pues... eso es...

(Por el extremo ha entrado María Chica. Lo mira, él extiende hacia ella su mano con la mariposa. Ella la contempla y después de un segundo dice.)

María Chica.- ¡Qué bonita...! Y es verdad, tiene una estrella pintada en las alas.

(Se escucha el ruido de la estrella.)

Huacho.- ¿Oyen?

BUENAVENTURA .- ; Qué?

Huacho.- Allá a lo lejos.

Juana.- Parece un ruido.

BUENAVENTURA.- ¿Tú crees que será?

Huacho.- Se acerca.

BUENAVENTURA.- Yo también lo oigo.

Huacho.- Cada vez más cerca.

BUENAVENTURA.- ¡Ya está aquí!

MELITÓN.- Es el viento.

Juana. – El viento que corre a través de los cerros, el viento que brinca, que toca campanas, que barre las nubes...

Muchacha.— ¡Miren...! ¡La estrella...! (Se da vuelta hacia Oliverio Pastor y le dice.) Vénganse... vénganse con nosotros... Eso era lo que tenía que decirle... Vénganse con nosotros detrás de la estrella.

(Se apagan las luces del escenario y cuando vuelve la luz está el Ciego solo en el escenario y canta.)

CIEGO.- (Cantando.) Quedan unos pocos versos

Pa'contar qu'ellos siguieron Cuando allá arriba la vieron Aclarando el cielo adverso
Por un viento tan disperso
Y por el camino van
Como antes buscarán
Y es posible que buscando
Por el mundo caminando
Algún día encontrarán.

TELÓN